

Diffrent Voice: Psychological Theory and Women's Development, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1982. Véase también Elizabeth H. WOLGAST, *Equality and the Rights of Women*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1980; Hester EISENTEIN y Alice JARDINE, eds., *The Future of Difference*, Boston, Hall, 1980; y Nel NODDINGS, *Caring*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1984.

42 - La significación sociocultural de las diferencias fisiológicas entre los sexos fue defendida y contestada en Europa desde el siglo dieciocho en adelante, particularmente en el momento en que la profesión médica se dedicó a diagnosticar las enfermedades sociales además de las físicas. En el siglo diecinueve, pocos de entre aquellos que defendían la emancipación de la mujer hubieran aceptado la idea actual de concentrarse exclusivamente en el género como producto cultural y dejar al margen de la discusión las diferencias biológicas entre los sexos. Como el historiador Carl N. DEGLER señaló correctamente frente a un escéptico auditorio en Stanford que, desde el tiempo de Darwin, «los argumentos biológicos han sido desarrollados tanto a favor como en contra del ensanchamiento de los horizontes sociales de las mujeres», véase «Darwinians Confront Gender, or, There Is More to It than History», ponencia leída en la Conference on Theoretical Perspectives on Sexual Difference, Stanford University (19-21 de febrero 1987). Véase también Nancy F. COTT, «Feminist Theory and Feminist Movements: The Past before Us», en MITCHELL y OAKLEY, eds. *op. cit.* Cott señala que «No debe asumirse que porque los argumentos de la 'diferencia' o la 'conveniencia' podían ser conservadores, lo fueran necesariamente. Por el contrario, las afirmaciones a favor de la 'diferencia' de las mujeres podían apuntar a objetivos sociales radicales», p. 52.

43 - Entre los americanistas, ha habido intentos de trabajar los diferentes tipos de argumentación que he estado proponiendo aquí, pero sus esquemas clasificatorios se han concentrado más en los temas y métodos propios de la tradición americana que en las líneas sociopolíticas que presento aquí como fundamentales. En *Plow Women Rather than Reapers*, *op. cit.*, SCHRAMM propuso la distinción entre tendencias «congruentes» y «complementarias». Véase también la comparación que hace Estelle Friedman entre la tradición de «igualdad de derechos» orientada en la dirección de la cultura masculina, y la tradición de «superioridad femenina» centrada en la cultura femenina, Estelle FRIEDMAN, *op. cit.*; así como la distinción que hace Jill K. CONWAY entre feministas de «igualdad de derechos» y feministas de «igualdad de autoridad» en *The Female experience in Eighteenth and Nineteenth-Century America: A Guide to the History of American Women*, Nueva York, Garland, 1982, pp. 198-202.

44 - Véase OFFEN, «Ernest Legouvé and the Doctrine of «Equality in Difference» for Women», *op. cit.*

45 - Véase Claire GOLDBERG MOSES, *French Feminism in the Nineteenth Century*, Albany, State University of New York Press, 1984; y Karen OFFEN, «New OFFEN, «New Documents for the History of French Feminism during the Early Third Republic», *History of European Ideas* 8, nº 4-5 (1987), pp. 621-624.

46 - El término aparece en Wolgast, p. 16. Véanse, entre otras contribuciones a nuestro conocimiento de Alemania, Ann TAYLOR ALLEN, «Spiritual Motherhood: German Feminists and the Kindergarten Movement, 1848-1911», *History of Education Quarterly* 22 (otoño 1982), pp. 319-339, y «Mothers of the New generation: Adele Schreiber, Helene Stöcker, and the Evolution of the Idea of Motherhood, 1900-1914», *Signs* 10, nº 3 (primavera 1985), pp. 418-438. Véase también James C. ALBISETTI, «Could Separate Equal? Helena Lange and Women's Education in Imperial Germany», *History of Education Quarterly* 22, nº 3 (otoño 1982), pp. 301-317, «The Reform of Female Education in Prussia, 1899-1908», *German Studies Review* 8, nº 1 (febrero 1985), pp. 11-41 y «Women and the Professions in Imperial Germany», en JOERES y MAYNES, eds., *op. cit.*, pp. 94-109; y Alfred G. MEYER, *The Feminism and Socialism of Lily Braun*, Bloomington, Indiana University Press, 1985.

47 - Temma KAPLAN, «Female Consciousness and Collective Action: The Case of Barcelona, 1910-1918», *Signs* 7, nº 3 (primavera 1982), pp. 545-566. Véase también la novedosa interpretación que de este problema hace Natalie ZEMON DAVIS en su libro *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford, Stanford University Press, 1975. Entre otros análisis significativos de la conciencia femenina/feminista y de la acción colectiva en el contexto francés se incluyen, Darline GAY LEVY y Harriet B. APPLEWHITE, «Women of the Popular Classes in revolutionary Paris, 1789-1795», en Caron R. BERKIN y Clara M. LOVETT, eds., *Women War, and the Revolution*, Nueva York, Holmes and Meier, 1980, pp. 9-35; Louis A. TILLY, «Women's Collective Action and Feminism in Industrializing France», en Louis A. TILLY y Charles TILLY, eds., *Class Conflict and Collective Action*, Beverly Hills, Sage Publications, 1981, pp. 207-231; y Laura L. FRADER, «Female Consciousness and

Revolutionary Sindicalism in the Aude, 1900-1914», ponencia presentada en la Conference of Europeanists, Washington, D.C., octubre 1983.

48 - Véase, en particular, el reciente trabajo de la historiadora francesa Michele RIOT-SARCEY sobre el tema de la conciencia feminista, «La conscience féministe des femmes de 1848: Jeanne Deroin, Desirée Gay en *Un Fabuleux Detsin, Flora Tristan*», Actes du Premier Colloque International Flora Tristan, Dijon, 3 y 4 de marzo, 1984, Dijon, Editions Universitaires de Dijon, 1985, y en colaboración con Eleni VARIKAS, «Feminist Consciousness in the Nineteenth Century: A Pariah Consciousness?», *Praxis International*, 5, nº 4 (enero 1986), pp. 443-465. Sobre Alemania, véase, Katherine M. PRELINGER, «Prelude to Consciousness: Amalie Sieveking and the Female Association for the Care of the Poor and Sick», en John C. FOUT, ed., *German Women in the Nineteenth Century*, Nueva York, Holmes and Meier, 1984, pp. 118-132, y *Charity, Challenge, and Change: Religious Dimensions of the Mid-Nineteenth Century Women's Movement in Germany*, Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1987.

49 - T. KAPLAN, *op. cit.*, p. 547.

50 - Hubertine AUCLERT, «Programme électoral des femms», *La Citoyenne*, agosto 1885, citado en TAIB, ed., *op. cit.*, p. 41; Berta von SUTTNER, *Das Maschinenzeitalter*, 1889 (reeditado, 1899), trad. de Susan Groag Bell, en BELL y OFFEN, eds., *op. cit.*, vol. 2, doc. 12.

51 - Para un estudio más profundo y documentación adicional, véase BELL y OFFEN, eds., *op. cit.*, vol. 2. Sobre la situación en Estados Unidos, donde la reacción se pone de manifiesto en la derrota en el Congreso del proyecto de ley Sheperd-Towner a favor de una asistencia sanitaria maternal financiada con dinero público, véase Sheila M. ROTHMAN, *Woman's Proper Place: A History of Changing Ideals and Practices, 1870 to the Present*, Nueva York, Basic, 1978, cap. 4. desde la perspectiva de la historia comparada, parece extremadamente significativo que fuera en este período cuando las científicas sociales feministas de Estados Unidos se esforzaron en minimizar la importancia de las diferencias de género y socavar el concepto de esferas separadas, véase Rosalind ROSENBERG, *Beyond Separate Spheres: Intellectual Roots of Modern Feminism*, New Haven, Yale University Press, 1982.

52 - Véase Carol SMITH-ROSENBERG, «The New Woman as Androgyne: Social Disorder and gender Crisis, 1870-1936», en su libro *Disorderly Conduct: Visions of Gender in Victorian America*, Nueva York, Knopf, 1985. Véase así mismo Martha VICINUS, *Independent Women: Work and Community for Single Women, 1850-1920*, Chicago, University of Chicago Press, 1986. La imagen social del estereotipo lesbiano en el discurso anglo-americano se revela claramente en estas obras. Las razones para tal desarrollo en este período caen fuera del ámbito de este artículo pero ofrecen fecunda materia para una investigación histórica comparada.

53 - OFFEN, «Depopulation, Nationalism, and Feminism», *op. cit.*, y «Feminism, Antifeminism, and National Family Politics in Early Third Republic France», en Marilyn J. BOXER y Jean H. QUATAERT, eds., *Connecting Spheres: Women in the Western Worlds, 1500 to the Present*, Nueva York, Oxford University Press, 1987, pp. 177-186.

54 - Sería interesante seguir el desarrollo de la supuesta contradicción (o falsa dicotomía) entre *feminine* y *feminist* en el discurso público antifeminista anterior a la Primera Guerra Mundial. Como ejemplo, véase el artículo «Feminine versus feminist», del autor de «An English Woman's Home», en *The Living Age* (9 de marzo 1912) (reeditado de la *National Review*), pp. 587-592. Esta contradicción ha dejado perplejos a muchos escritores, por otro lado simpatizantes, de la cuestión de la mujer. La investigadora francesa Leontine ZANTA considera que ésta es una seria dicotomía para las mujeres francesas en su *Psychologie du féminisme*, París, Plon, 1922. Para el análisis anglo-americano, véase el tratamiento de Esther HODGE, «A Womens International Quarterly over Thirty Years: Are the Arguments to be Feminine or Feminist?», *Women's Studies International Forum* 7, nº 4 (1984), pp. 265-273.

55 - Augusta MOLL WEISS, «La menagère et le féminisme», *Revue internationale de sociologie* 18, nº 7 (julio 1910), pp. 499-503; Madeleine PELLETIER, *La femme en lutte pour ses droits*, París, Giard et Brière, 1908.

56 - Véase Marilyn J. BOXER, «When Radical and Socialist feminists Were Joined: The Extraordinary Failure of Madeleine pelletier», en Jane SLAUHTER y Robert KERNES, eds., *European Women on the Left: Socialism, Feminism, and the problems Faced by Political Women, 1880 to the Present*, Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1981. Sobre el problema general de identificar alas «antecesoras», véase Ute GERHARD, «A Hidden and Complex Heritage: reflections on the History of Germany's Women's Movements», *Women's Studies International Forum* 5, nº 6 (1982), p. 566.

57 - TILLY, *op. cit.*, p. 218.

58 - Véanse los textos en BELL y OFFEN, eds., *op. cit.*, vol. 2, 1a. parte.

59 - BELL y OFFEN, *op. cit.*, vol. 2, pt. 1.

- 60 - Véase OFFEN, «Depopulation, Nationalism, and Feminism», *op. cit.* y «Women and the Politics of Motherhood in France, 1920-1940», Documento de trabajo n° 87/293, Florencia, European University Institute, 1987.
- 61 - Véase WOLLSTONECRAFT, en BELL y OFFEN, *op. cit.*, vol. 1, p. 61.
- 62 - Sobre esta confusión, véase Dorothy KAUFMANN-McCALL, «Politics of Difference: The Women's Movement in France from May 1968 to Mitterrand», *Signs* 9, n° 2 (invierno 1983), pp. 282-293. Véase también Huguette BOUCHARDEAU, *Pas d'histoire les femmes: 50 ans d'histoire des femmes*, 1918-1968, París, Syros, 1977; y Claire DUCHEN, *Feminism in France: From May '68 to Mitterrand*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1986; ambos autores subrayan sin darse cuenta la falta de comprensión que hacía su propio pasado mostraban las activistas francesas de los años setenta.
- 63 - KAUFMANN-McCALL, *op. cit.*, p. 285. para otros análisis realizados por americanas, véanse Carolyn GREENSTEIN BURKE, «Report from Paris: Women's Writing and the Women's Movement», *Signs* 3, n° 4 (verano 1978), pp. 843-855; Michèle BLIN SARDE, «L'évolution du concept de différence dans le mouvement de libération des femmes en France», pp. 195-202; y Margaret COLLINS WEITZ, «The Status of Women in France Today: A Reassessment», pp. 203-218, ambos en *Contemporary French Civilization* 6, n° 1-2 (otoño/invierno), 1981-82. Véase también MOT, *op. cit.*
- 64 - Elaine MARKS, «Women and Literature in France», *Signs* 3, n° 4 (verano 1978), pp. 832-842, esp. p. 4 Véase además Elaine MARKS e Isabelle de COURTIVRON, *New French Feminism*, Nueva York, Schocken, 1981.
- 65 - Véase «Variations sur des thèmes communs», *Questions féministes*, n° 1 (noviembre 1977), en la traducción aparecida en MARKS y COURTIVRON, *op. cit.*, pp. 212-230. Véase también el editorial principal de *Nouvelles questions féministes*, n° 1 (marzo 1981), pp. 3-14, publicado inmediatamente después de la disolución del colectivo que dirigió la revista originalmente, a causa del tema político del separatismo lesbiano.
- 66 - Entre las principales críticas francesas de la posición de Beauvoir, véanse Menie GREGOIRE, *Le métier de femme*, París, Plon, 1965; Genevieve GENNARI, *Simone de Beauvoir*, ed. rev., París, Editions Universitaires, 1967; Susanne LILLAR, *Le malentendu du deuxième sexe*, París, Presses Universitaires de France, 1969; France QUERE, *La femme avenir*, París, Seuil, 1976; y Marielle REGHINI, *Ecoute ma différence*, París, Grasset, 1978. En cuanto al entusiasmo despertado por Beauvoir y *El Segundo sexo* en América, es ilustrativo el congreso sobre teoría feminista celebrado en 1979 en la Universidad de Nueva York y también el coloquio sobre Beauvoir que tuvo lugar en la Universidad de Columbia en abril de 1985.
- 67 - Hélène LAMURE EISENBERG, «The Theme of Démission in the Works of Simone de Beauvoir» (Tesis de doctorado, Universidad de California, Berkeley, 1978).
- 68 - Nótese, p. ej., el titular de *Le Monde* el 13 de mayo de 1983, en relación con una propuesta de ley «anti-sexista»: «L'égalité entre les hommes et les femmes doit tenir compte de leurs différences».
- 69 - Algunas polémicas entre historiadores americanos en los años sesenta provocaron una posterior discusión sobre el feminismo como ideología. Carl DEGLER suscitó una fuerte polémica cuando insistió en el carácter no ideológico del feminismo americano, véase «Revolution without Ideology: The Changing Place of Women in America», *Daedalus* (primavera 1964), reeditado en Robert JAY LIFTON, ed., *The Woman in America*, Boston, Beacon, 1967, pp. 193-210. DEGLER se ha retractado posteriormente, véase «On Rereading 'The Woman in America'», *Daedalus*, otoño 1987, pp. 199-210. Por el contrario, en el ensayo, «Feminism as a Radical ideology», *op. cit.*, O'NEILL tomaba el feminismo seriamente como una ideología pero argüía (con lo que ahora parece un total desconocimiento de los profusos datos europeos que abundaban en lo contrario) que esta ideología aún no había sido adecuadamente desarrollada; O'Neill insistía en que «el feminismo debe tener su Marx para poder esperar a un Lenin», *op. cit.*, p. 323. En su libro sobre el feminismo judío en Alemania, *The Jewish Feminist Movement in Germany: The Campaigns of the Jüdischer Frauenbund, 1904-1938*, Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1979, Marion KAPLAN afirmaba que «el feminismo es un proceso, no una ideología», p. 7. Yo replicaría, por el contrario, que ver el feminismo sólo como un proceso es adoptar un punto de vista muy estrecho, y que debe ser considerado como una ideología en desarrollo, con los principios comunes que he esbozado anteriormente. Desde los Cuáqueros hasta la Segunda Internacional, pasando por los Católicos Alemanes el modelo parece notablemente similar. Lo que hay que explorar con más profundidad son los elementos comparativos de este problema. Esto no significa que el feminismo tenga que ser necesariamente una especie de ideología convencional, con sus libros canónicos; lo veo más bien como algo difuso y dinámico.
- 70 - Para una introducción a la literatura feminista desde 1750 en adelante,

véanse las bibliografías en BELL y OFFEN eds., *op. cit.*, y, para obras más recientes, el apéndice bibliográfico en OFFEN, «Liberty, Equality, and Justice for Women», *op. cit.*

- 71 - Sobre las posibilidades que ofrece el análisis del género en la misma práctica histórica, véanse Joan W. Scott, «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», *American Historical Review* 91, n° 5 (diciembre 1986), pp. 1053-1075.
- 72 - Entre los más significativos se encuentran François POUILAIN DE LA BARRE, *On the Equality of the Two Sexes*, Francia, 1673 (reeditado, París, Fayard, 1984); The Marquis de CONDORCET, *Plea for the Citizenship of Women*, Francia, 1790; Theodore GOTTLIEB VON HIPPEL, *On Improving the Status of Women*, Prusia, 1792; FOURIER, *op. cit.*; William THOMPSON, *Appeal of One Half the Human Race against the Pretensions of the Other Half: Men to Retain Them in Political and Thence in Civil and Domestic Slavery*, Gran Bretaña, 1825 (reeditado, Londres, Virago, 1983); Ernest LEGOUVE, *Moral History of Women*, Francia 1849; John STUART MILL, *The Subjection of Women*, Gran Bretaña, 1869; y August BEBEL, *Women under Socialism*, Alemania, 1879-1885.
- 73 - MOSES, *op. cit.*, p. 7
- 74 - Véanse las propuestas de ROSSI, *op. cit.*; y ELSTHAIN, *op. cit.*; y más recientemente, Sylvia HEWITT, *A Lesser Life: The Myth Women's Liberation in America*, Nueva York, Morrow, 1986.
- 75 - Renate BRIDENTHAL, Comentario de sesión, Berkshire Conference on the History of Women, Bryn Mawr College, junio 1976.
- 76 - Los alegatos del siglo diecinueve a favor de la «superioridad moral» de las mujeres y del «instinto maternal» han sido fuertemente atacados. Los hallazgos de GILLIGAN, *op. cit.*, han conseguido trasladar el debate a un terreno diferente.
- 77 - Véase, como ejemplo insuperable, Esther KANIPE, «The Family, Private property and the State in France, 1870-1914» (Tesis doctoral, University of Wisconsin-Madison, 1976).
- 78 - Sobre el período nazi, véase Christine WITTROCK, «Das Frauenbild in Faschistischen Texten und seine Vorläufer in der bürgerlichen Frauenbewegung der Zwanzigerjahre» (Tesis inaugural, Johann-Wolfgang Goethe Universität, Frankfurt/Main, 1981); Renate BRIDENTHAL, Atina GROSSMANN y Marion KAPLAN, eds., *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany*, Nueva York, Monthly Review Press, 1984; y, esp. Claudia KOONZ, *Mothers in the Fatherland*, Nueva York, St. Martin's 1987. Sobre los distintos problemas que la «diferencia» ha originado en los estados del bienestar en desarrollo en Gran Bretaña y Francia, desde 1945 en adelante, véase Jane JESTON, «Both Friend and Foe: Women and State Welfare», en BRIDENTHAL, KOONZ, y STUART, eds., *op. cit.*, pp. 535-556. Para los Estados Unidos, véase Rebecca E. KLATCH, *Women of the New Right*, Filadelfia, Temple University Press, 1987.
- 79 - Véase Alva MYRDAL, *Nation and Family*, Londres, 1945, fragmentos de este libro se citan en BELL y OFFEN, eds., *op. cit.*, vol. 2. Véase también Allan C. CARLSON, «The Roles of Alva and Gunnar Myrdal in the Development of a Social Democratic Response to Europe's Population Crisis, 1928-1938» (Tesis doctoral, University of Ohio, 1974); y Annsöfje KÄLVEMARK, *More Children of Better Quality? Aspects on Swedish Population Policy in the 1930s*. Estocolmo, Almqvist and Wiksell, 1980. Véase también Söndra HERMAN, «Swedish Feminism», ponencia presentada en la Berkshire Conference on the History of Women, Wellesley College, junio 1987.
- 80 - Véanse, en particular, los análisis que aparecen en Joan HOFFWILSON, ed., *Rights of Passage: The Past and the Future of the ERA*, Bloomington, Indiana University Press, 1986.
- 81 - Véase, concretamente, las diferentes revisiones críticas de Adrienne RICH, *Of Woman Born: Motherhood as experience and Institution*, Nueva York, Norton, 1976; y Elizabeth BADINTER, *Motherlove: Myth and Reality*, Nueva York, Macmillan, 1981 (publicado originalmente en Francés con el título *L'Amour en Plus*, 1980). Véase también STACEY, *op. cit.*, pp. 219-248.

(Nota de la traductora: La traducción de este artículo me ha planteado el problema de tener que asignar un género gramatical a palabras que regularmente en inglés no están determinadas por él. Al final he optado por el uso del femenino únicamente en aquellos casos en los que o bien la autora parecía identificarse no sólo como historiadora sino como mujer, o bien se refería a colectivos en los que la presencia masculina es, cuando existe, muy limitada. Espero no herir con ello la sensibilidad de ninguna mujer, ni la de los hombres que comparten nuestros intereses).

La mujer y el lenguaje

María Cecilia Stroppa *

Parece ya inútil insistir en figuras tales como "el silencio de las mujeres" o "la transparencia del lenguaje" frente a la producción de las teorías feministas de los últimos veinte años con respecto a la relación entre la mujer y el lenguaje. Son muchos los abordajes posibles pero todos coinciden en el sesgo sexista del lenguaje.

La exclusión de las mujeres en los procesos de designación y en la construcción de significados ha sido continuamente criticada y puesta en evidencia por los trabajos de Dale Spender y otras feministas americanas quienes desde una perspectiva lingüística afirman que el mundo es un mundo masculino donde el lugar de la mujer está definido y mantenido de modos muy sutiles por un lenguaje "hecho por el hombre".

Otras feministas han examinado al lenguaje como un sistema simbólico estrechamente ligado a la estructura social patriarcal. Piensan que el lenguaje les ha sido robado a las mujeres y que éstas necesitan re trabajar todas las formas tradicionales para crear un nuevo lenguaje y sistema de significado centrado en la mujer. Esta corriente que conecta la estructura del lenguaje con sus usos y experiencias surgió en Estados Unidos, no sólo a través de los estudios de lingüistas y sociolingüistas sino también en la obra de escritoras y poetisas feministas radicales, como Mary Daly, Adrienne Rich, Susan Griffin y otras, que junto con las francesas Hélène Cixous, Julia Kristeva, Monique Wittig y Luce Irigaray buscan estrechar los lazos entre la estructura simbólica y su experiencia a través del poder transformador de la estética. Aunque existen diferencias sustanciales entre las feministas francesas, todas ellas comparten una tradición política e intelectual a partir del existencialismo, el psicoanálisis Lacaniano y el post-estructuralismo y ubican la opresión de las mujeres en la producción de discursos que constituyen a los hombres como sujetos mientras las mujeres están ausentes o son consideradas como el Otro.

Nuestra propuesta es ver de qué manera se entrecruzan y coinciden las teorías lingüísticas y las distintas líneas feministas en el esclarecimiento de la relación enunciada.

Es en Génesis 2 (1) donde encontramos el origen de esta problemática. Dios concede a Adán tres deseos que permitirán la transformación del mundo natural en simbólico y le da una orden. Primero, le da los frutos del Edén y le ordena no comer la fruta del árbol prohibido, introduciéndolo así a la Ley del Padre. Segundo, le da la autoridad para nombrar a la creación, le da el poder para otorgar existencia al mundo natural especificando su diferencia del hombre y jerarquía sobre él. Adán recapitula la creación de Dios en el Génesis a través de la palabra recibida pero como aún

se siente insatisfecho, Dios le otorga un tercer deseo: crea a la mujer a partir de su costilla. Y es Adán quien le da nombre a esta criatura que Dios ha creado físicamente pero a quien él asigna un nombre a partir de sí mismo. "Esta será llamada varona (*'issa*) porque del varón (*is*) fue tomada" (2). Mientras Adán fue hecho a imagen y semejanza de Dios, Eva fue hecha solamente a imagen de Adán. Como resultado de una jerarquía divinamente constituida, Adán tiene cualidades asociadas con la esencia de lo humano y lo racional mientras Eva, prisionera de un cuerpo imperfecto, sólo logra su esencia a través de su función reproductiva.

También Eva usará del lenguaje al igual que Adán. Ella habla con la serpiente pero no alcanza a comprender el orden simbólico con su lenguaje figurativo, no logra interpretar la diferencia potencial encarnada en el mismo lenguaje. Expresa su deseo y provoca la expulsión de ambos del paraíso. La maldición del Padre le denegará autoridad a su palabra como un medio a través del cual articular su deseo y marcará el comienzo de la subordinación de la mujer al hombre, confinándola desde entonces al ámbito de lo doméstico y por ende al silencio. Sujeta a la autoridad de su esposo, Eva y después de ella todas las mujeres, serán objeto de la representación masculina.

Sin embargo, Eva no será sólo socialmente silenciada, ella será literariamente silenciada. La tradición bíblica, interpretada primero en las Escrituras hebraicas y luego en los escritos cristianos de San Pablo, los Padres de la Iglesia, los Escolásticos y los Teólogos renacentistas reafirmarán una y otra vez la necesidad de proscribir el habla femenina. Se prohibirá a la mujer hablar en público. Se le quitará toda autoridad para hacerlo ya que la jerarquía de la creación había establecido su inferioridad intelectual con respecto al hombre. Aún cuando los teólogos medievales y renacentistas reconocieron que tanto la mujer como el hombre podrían recibir el don de la profecía directamente de Dios, ellos negaron a la mujer hasta el derecho de ejercitar ese don en público.

La hipótesis Sapir-Whorf.

El determinismo lingüístico es una teoría muy popular entre las feministas radicales angloamericanas y muchas invocan las hipótesis de Whorf para reclamar que la lengua, en su caso el inglés es inherentemente sexista. Dale Spender (3) dice: "Los hombres, como grupo dominante, han producido el lenguaje, el pensamiento y la realidad. Históricamente, han sido las estructuras, las categorías y los significados los que han sido inventados por los hombres-aunque no por supuesto por todos los hombres- y éstos han sido convalidados por otros hombres. En este proceso las mujeres han tenido poca o ninguna participación. Ha sido la subjetividad masculina la que ha sido origen de todos los significados incluyendo el

significado de que su propia subjetividad es la objetividad".

Benjamín Lee Whorf (4) fue el responsable de desarrollar la propuesta de que el lenguaje pone los límites del pensamiento y construye la percepción del hablante, tanto del mundo físico como de la realidad social. Fue discípulo de Edward Sapir, etnólogo y lingüista americano como él, quien sostenía: "Los seres humanos no viven solo en el mundo objetivo ni en aquél que generalmente se denomina sociedad. También viven en gran medida en el mundo del lenguaje particular que se ha convertido en medio de expresión para su sociedad. Es una perfecta ilusión creer que en lo esencial una puede adaptarse a la realidad sin ayuda del lenguaje, y que éste únicamente es un medio casual para resolver los problemas específicos de la comunicación y la reflexión. De hecho, el "mundo real" viene construido en gran medida, de modo inconsciente, sobre la costumbres lingüísticas del grupo. No existen dos lenguas tan semejantes entre sí, como para que se pueda afirmar que representan la misma realidad social. Los mundos, en los que viven sociedades, son mundos distintos y no simplemente el mismo mundo con distintas etiquetas..." (5).

La llamada hipótesis Sapir-Whorf se basa en dos ideas principales; la primera: el lenguaje, que es un producto social, configura como sistema lingüístico en el que nos educamos y pensamos desde nuestra infancia, nuestra forma de aprehensión del mundo que nos rodea; la segunda: considerando las diferencias existentes entre los sistemas lingüísticos, los cuales son un reflejo de los distintos medios que crean estos sistemas, los hombres que piensan por medio de estos lenguaje aprehenden el mundo de formas distintas.

Esta hipótesis atrajo a muchos investigadores en los cincuenta, no sólo de la lingüística sino de otras disciplinas vecinas. Whorf intentaba demostrar la relación existente entre el modelo estructural de una lengua-su vocabulario y gramática- y los procesos de pensamiento de cada individuo. Este hablante individual es en realidad un hablante abstracto e ideal. Whorf asume que todos los usuarios de la comunidad lingüística usarán del mismo modo un lenguaje compartido. Esta noción se vuelve insatisfactoria cuando la investigación está explícitamente dirigida hacia las divisiones sociales dentro de una comunidad de habla. El hecho de que la hipótesis de Whorf trabaja con entidades abstractas hace particularmente difícil su comprobación empírica. En el caso de las feministas los ejemplos aportados sobre el uso del el genérico no han sido suficientes para sostener la hipótesis whorfiana.

Se encuentran numerosos estudios que demuestran que los hombres y las mujeres reaccionan de formas diferentes ante las expresiones genéricas; es decir, cuando el lector encuentra un sujeto indefinido bajo la palabra *hombre* o el pronombre *él*. Mientras los hombres se sienten incluidos, las mujeres se sentirán excluidas de esa referencia. Algunos autores sugieren que esto puede provocar un sentimiento de alienación entre las mujeres que los escuchan o leen, así como desigualdad de oportunidades cuando estas expresiones genéricas aparecen en las representaciones de actividades profesionales y laborales o en los mismos avisos de empleo.

Estos estudios sirven para demostrar que los términos genéricos no son realmente tales aunque no logran utilizar la hipótesis de Whorf para validar su trabajo. Whorf distinguía

claramente entre lo que él llamaba "fenotipo"- categorías lingüísticas muy marcadas como las inflexiones de género- y los "criptotipos"-las menos visibles y sutiles formas gramaticales inherentes a cualquier lenguaje. Whorf habla extensamente del género como categoría gramatical en la lengua inglesa y la denomina una clase "cerrada" que parece oscilar entre un fenotipo y un criptotipo en su influencia sobre el pensamiento inconsciente.

"El género en inglés es un sistema de relaciones que posee una mínima representación en fonemas. Sus únicas reacciones motoras son los dos pronombres "él" y "ella".... Podemos estar pensando por ejemplo, en la división del trabajo entre los sexos de una determinada cultura, sin tener que pensar en las palabras, más bien teóricas, de "femenino" y "masculino", refiriéndonos continuamente a ellas en nuestras meditaciones sobre el tema. Probablemente, lo que hacemos cuando nos enfrentamos a una cuestión de esta clase, es desmenuzar los hechos en términos de una especie de conciencia habitual o de dos clases de sexo como un hecho continuamente clasificatorio en nuestro mundo del pensamiento, algo completamente diferente al sexo como concepto o al sexo como valor perceptivo. La base de este esbozo indefinido, abstracto y sin palabras, sobre la clasificación sexual, no es una palabra como "sexo" o "femenino" o "mujer"; es una RELACION lingüística, que se distingue de una MANIFESTACION lingüística. Probablemente en inglés, es una subida hacia una mayor consciencia de los dos grandes complejos de uniones que pertenecen al sistema lingüístico sexo-género. Se puede decir que lo que funciona en la meditación es la completa presión pronominal de unión de palabras como Jorge y Guillermo, o de palabras como Juana y Susana, y NO UN CONCEPTO VERBAL como "masculino" o "femenino". Sin embargo, es evidente que en una lengua que no posea género como por ejemplo el chino o el hopi, cualquier pensamiento no puede ser en términos de clasificación sexual, de esta naturaleza; posiblemente, operaría alrededor de una palabra, de una percepción, de una imagen sexual, de un símbolo o de cualquier otra cosa" (6).

De acuerdo con el lingüista americano la lengua inglesa tendrá una mayor influencia sobre las actitudes inconscientes del hablante sobre el género que una lengua como el español o el italiano con marcas de género abiertas.

Aunque las feministas no han podido probar totalmente que la estructura abstracta del lenguaje constriñe los pensamientos de sus hablantes, sí reivindican la hipótesis de Whorf en cuanto establecen y prueban la relación entre el modo en que usa el lenguaje y la manera como las personas pensarán y reaccionarán.

El post-estructuralismo.

En la década de los setenta las feministas francesas desarrollaron una importante tradición teórica que se centra en el lenguaje y se basa en el estructuralismo y el psicoanálisis Lacaniano. Hay dos rasgos de esa teoría lingüística particularmente interesantes para nuestro enfoque. La primera es el énfasis que pone sobre el rol del contexto al determinar el significado de cualquier texto o emisión. La segunda es el poderoso estatus que otorga el lenguaje en la conformación del pensamiento y conciencia del hablante. Los postestructuralistas recalcan la función central del lenguaje

en la comunicación, interpretación, y representación del género, entendiendo por lenguaje, no las palabras sino los sistemas de significado, órdenes simbólicos que preceden al dominio real del habla, la lectura, y la escritura.

El abordaje postestructuralista al significado se basa en la semiótica y la teoría literaria y se ajusta también a las últimas teorías de la comunicación desarrollada en la filosofía y en la psicología cognitiva. Para ellas el significado no está fijo en el lenguaje sino que depende enteramente del contexto. Tanto Julia Kristeva como el lingüista soviético Volosinov afirman que "todo significado es en el fondo contextual y que es imposible en principio determinar de una vez y para siempre el significado de cualquier expresión. La determinación tanto de la forma como del significado es un mito, apuntalado por las abstracciones de la lingüística estructural" (7). Como dice Derrida: "la ausencia de un significado último abre un espacio ilimitado para el juego de la significación". Debemos liberarnos, según Culler, (8) de esa ficción logocéntrica o teológica que, al mismo tiempo que reconoce la naturaleza arbitraria del signo; concibe los signos como establecidos de una vez por todas, por decreto, y en adelante, regidos por convenciones estrictas. El hecho de que la forma no sea un determinante necesario y suficiente del significado es una condición constante de la producción de significado.

Para la teoría postestructuralista la noción de contexto tiene tanto que ver con las relaciones sociales y políticas en las cuales las emisoras y receptoras se encuentran como con el contexto lingüístico creado por las palabras vecinas. Tal dependencia del contexto se extiende también a la interpretación de otros signos, como la calidad de la voz, el acento o las prácticas conversacionales. Esta teoría contextual del significado se aplica igualmente a todas las prácticas culturales significativas. El análisis de los fenómenos culturales debe producirse siempre en algún contexto, y en cualquier momento concreto la producción de significado en una cultura está regida por convenciones. Esto explica, por ejemplo, por qué el significado de la palabra pantalones es diferente cuando estos son usados por una mujer o por un hombre.

Esta idea de que el contexto social es parte importante del significado implica asimismo que los discursos no tienen significados absolutos que trascienden su contexto de uso sino que deben ser entendidos con referencia a ideologías particulares de género y relaciones de poder entre los sexos. Por ejemplo, al proponer que comportamientos lingüísticos similares de hombres y mujeres pueden recibir un significado social diferente, esta teoría centra su atención sobre el rol de la ideología de género más que sobre las diferencias sexuales en el uso del lenguaje como la causa de la desigualdad genérica. No obstante, pone énfasis sobre la necesidad de que el sexo del hablante aparezca fácilmente en las interacciones, porque el uso que el hablante hace del lenguaje puede ser solamente interpretado apropiadamente si se conoce su sexo. Además, la ideología y la naturaleza de las relaciones de poder institucionalizadas pueden asegurar que las estrategias lingüísticas que permiten a los hombres mantener su estatus y posición sean inservibles cuando son utilizadas por las mujeres.

No se trata ya de una estructura lingüística al modo de

Saussure sino de textos particulares en contextos sociales. Si las mujeres son oprimidas de alguna forma a través del lenguaje ya no es responsable la estructura de la lengua sino aquellos discursos específicos que implican necesariamente ideologías y relaciones particulares de poder. Un discurso para el postestructuralismo, no es un lenguaje ni un texto sino una estructura histórica, social e institucional específica de enunciados, términos, categorías y creencias. Foucault sugiere que la elaboración de significado implica conflicto y poder, que los significados son cuestionados localmente dentro de terrenos de fuerza discursivos que (al menos desde la Ilustración) el poder para controlar cierto terreno reside en alegatos referidos a un saber (científico) incrustado no sólo en la escritura sino también en organizaciones disciplinarias, en instituciones y en relaciones sociales (9). Escritoras como Hélène Cixous, Julia Kristeva y Luce Irigaray sostienen que la represión de la mujer está sustentada en el Logos, en la Palabra, en los sutiles procesos a través de los cuales se produce el significado. Las mujeres están ausentes del discurso falocéntrico predominante y sus experiencias son sistemáticamente reprimidas. Ellas buscan romper este discurso, inscribir lo femenino en el lenguaje y el pensamiento, en parte a través de conexiones articuladas entre el cuerpo y el lenguaje de la mujer, explorando las relaciones entre la sexualidad y sus prácticas escriturarias (10).

Uno de los problemas del abordaje postestructuralista al género subyace en la definición de "lenguaje" y "discurso". El lenguaje como centro de la teoría Lacaniana es-para Scott (11)-la clave para instalar al niño en el orden simbólico. "A través del lenguaje se construye la identidad genérica. Según Lacan, el falo es el significante central de la diferencia sexual. Pero el significado del falo debe leerse metafóricamente. Para el niño, el drama edípico se manifiesta en términos de interacción cultural, puesto que la amenaza de castración incluye el poder y las normas legales (del padre). La relación del niño con la ley depende de la diferencia sexual, de su identificación imaginativa (o fantástica) con la masculinidad o femineidad. En otras palabras, la imposición de las normas de interacción social son inherentes y específicas del género, porque la mujer tiene necesariamente una relación diferente con el falo que el hombre". Pero la diferenciación genérica, si bien siempre aparece como coherente y fija, es altamente inestable. Como las propias palabras, las identidades subjetivas son procesos de diferenciación y distinción, que requieren la eliminación de ambigüedades y de elementos opuestos a fin de asegurar la coherencia y comprensión común. Sin embargo, para Janes Flax el énfasis que ponen las feministas francesas en la centralidad del lenguaje para la construcción del género parece problemático. "El problema de pensar sobre (o solo en términos de) textos, signos o significación es que estos tienden a adquirir vida propia o convertirse en un mundo como en la afirmación de que nada existe fuera de un texto; todo es un comentario o un desplazamiento de otro texto, tal como si la actividad humana modal fuera la crítica literaria (o la escritura)" (12). Esta falta de atención a las relaciones sociales concretas (incluyendo la distribución de poder) da como resultado, según sucede en la obra de Lacan, el oscurecimiento de las relaciones de dominación. Dichas relaciones, incluyendo las de género, tienden a adquirir para Flax, un aura de inevitabilidad

y resultan igualadas con el lenguaje o la cultura (la "ley del padre") como tales.

En cuanto a "discurso" se confunde con "ideología" y les resulta imposible separarlos de otras posibles interacciones con el mundo. Primero, porque dentro de la teoría postestructuralista es difícil mantener una distinción clara entre el lenguaje verbal y otras prácticas significativas. Segundo, porque los significados de los discursos están acentados en relaciones de poder e ideologías de género institucionalizadas. En la medida en que el discurso feminista define su problemática como "mujeres", "también irónicamente, privilegia al varón como no problemático o exceptuado de la determinación por las relaciones de género. Desde la perspectiva de las relaciones sociales, ambos, los varones y las mujeres, son prisioneros del género, aunque en formas muy diferenciadas pero interrelacionadas" (13).

La crítica feminista postestructuralista ha contribuido también a esclarecer la relación mujer y lenguaje, centrándose en los logros de las mujeres escritoras y la diferenciación de la escritura de mujeres. "La Ginocrítica - dice Elaine Showalter (14) - se refiere a mujeres como productoras del sentido del texto, a las historias, temas, géneros y estructuras de la literatura escrita por mujeres. Incluye como asignaturas la psicodinámica de la creatividad femenina; lingüística y el problema del lenguaje femenino; la trayectoria de la carrera literaria femenina, individual o colectiva; historia de la literatura, y por supuesto estudios particulares de obras y escritoras". En realidad, la crítica feminista es el nombre que debería aplicarse a toda crítica alerta a las ramificaciones de la opresión sexual.

La tarea de la crítica feminista es investigar si los procedimientos, supuestos y logros de la crítica actual están en complicidad con la preservación de la autoridad del hombre y explorar alternativas. Desarrollar según Culler (15) - modos de críticas en los que los conceptos producidos por la autoridad del hombre se inscriban en un sistema textual más amplio. Leer como mujeres, escribir como mujeres, no es simplemente una posición teórica, dado que refiere a una identidad sexual definida como esencial (género femenino) y privilegia las experiencias asociadas con esa identidad.

Comenzamos este trabajo recordando la maldición de Eva y el silencio en que se sumieron las mujeres a partir de ese momento. Las ideologías patriarcales de género no pudieron sin embargo, silenciar totalmente a todas las mujeres. Relegadas a una posición negativa en la cultura, ellas resistieron y se han convertido según Jones (16) de "sujetos del discurso" en "sujetos en el discurso". Desde su marginalidad las mujeres han hablado e incluso, han hablado de sí mismas. Han escrito sus autobiografías apropiándose de un género esencialmente androcéntrico.

La autobiografía es la historia pública de la vida pública. Cuando la mujer elige dejar en silencio cultural y encarar la autobiografía, ella elige hablar de sus actividades públicas. Abraza la ideología del individualismo, con su mito fundante de autoridad, tranquilizando a sus lectores sobre la posibilidad de que las mujeres, ella en particular, pueden aspirar y alcanzar un estado de "humanidad", adoptando posturas asociadas con lo masculino dentro de un esquema de contrato patrilineal (17).

Comienza tratando de comprender su problemática relación con el lenguaje y las narrativas que le fueron enseñadas, porque debe enfrentarse con el poder del discurso falocéntrico. Quizás, como Elaine Showalter y otras críticas Angloamericanas sugieren, la escritora/autobiógrafa reconoce que ella no ha disfrutado de un completo acceso al reino de lo simbólico. Ella puede encontrar "que se le han negado todos los recursos del lenguaje y la han forzado al silencio, al eufemismo o circunloquio" (18) cuando ha intentado presentar su versión de subjetividad femenina. Por lo tanto, intenta apropiarse del lenguaje de los patriarcas, dominando todos los recursos que el lenguaje pone a disposición de los hombres, evitando el silencio y buscando un acceso igualitario al espacio público. Recordando sin embargo, en todo momento que si las mujeres hablan y escriben como lo hacen los hombres, entrarán al proceso histórico alienadas y sometidas.

Al explorar su acceso al lenguaje de la autorepresentación, ella comienza a darse cuenta que la mujer permanece "irrepresentable" porque la autobiografía, como un contrato público y formal que reproduce la patrilinealidad y las ideologías de género, requiere de su irrepresentabilidad, dado que no abre un espacio para el deseo y existencia independiente femenina.

Carolyn Burke (19), al hablar del interés central del feminismo francés por la relación de la mujer con lo simbólico, dice que "cuando una mujer escribe o habla de su existencia, está forzada a hacerlo en un lenguaje que le resulta extraño, como si lo hiciese en una lengua extranjera, con la cual ella puede estar personalmente incómoda". La incomodidad deriva de su ventriloquismo cultural, un gesto de imitación que le exige a la autobiografía hablar como un hombre, porque, hablando como un hombre, ella sería incapaz de reconocer los lineamientos de su experiencia en el lenguaje y las ficciones que rodean y conforman su texto. Aún más, ella puede descubrir su propia complicidad al reproducir las historias culturales que la han engendrado. Deberá entonces elegir escribir su historia con el modelo autobiográfico heredado de los patriarcas o acudir a aquellas ideologías generadas y promovidas por otras mujeres en respuesta a las ideologías del grupo dominante.

Ella trata de descubrir un lenguaje apropiado a su propia historia. A este punto, ella puede, como proponen Sandra M. Gilbert y Susan Gubar (20) retroceder a su madre, para descubrir "el dominio del lenguaje de la mujer contra el dominio de la mujer del lenguaje". Rechazando el viejo lenguaje del padre y de todos los patriarcas que la han sentenciado a muerte, ella puede, recordar y luego reinvertir con su propio significado un lenguaje maternal a través del cual probar una legítima autorepresentación ginocéntrica. A través de ese lenguaje ella puede establecer un compromiso diferente con su desarrollo psicosexual, más concentrado en su interconexión personal con el mundo.

Para las teóricas francesas y también para algunas angloamericanas ese lenguaje y ese desarrollo psicosexual alternativo comprenden lo que Kristeva llama los "ritmos pre-édipicos de la semiótica" (21). Volviendo a una etapa anterior a la lógica simbólica de la oposición binaria que insiste sobre la superioridad y el privilegio masculino, el lenguaje del deseo femenino - *L'écriture féminine* de

Helène Cixous, el *womanspeak* de Luce Irigaray, la *jouissance* de Julia Kristeva- encuentra su voz en alianza con la madre y su leche, su cuerpo, su lenguaje rítmico. En este momento la posición desde la cual habla la mujer podría ser, como la voz de la madre, atemporal, plural, fluida, bisexual, descentrada, no logocéntrica. Habiendo regresado a sus orígenes en la madre y al silencio y a la cultura silenciada que ella comparte con todas las mujeres, la autobiografía manifiesta una relación diferente con su historia contada ahora con lenguaje de mujer. Las teorías francesas con su esencialismo se unen así a las teorías de las feministas angloamericanas para proclamar a la mujer como fuente de la vida, el poder y la energía (22).

Conclusiones.

Hemos intentado mostrar que el lenguaje puede tener un rol significativo al reproducir y construir ideologías que son opresivas para las mujeres aunque no siempre se pueda percibir claramente el proceso por el cual esto se logra. La realidad social no está codificada en el lenguaje como una estructura abstracta sino que está imbricada en ciertos discursos particulares y funciona durante los actos de comprensión y producción. El poder de esos discursos para modelar experiencias o para reconstruirlas de forma tal que sus propietarios no puedan reconocerlas es evidente.

Vimos que para el postestructuralismo son los discursos los que construyen la consciencia e inconsciencia de una persona, es decir su subjetividad, mientras que para la hipótesis de Sapir-Whorf era la estructura del lenguaje la que constreñía el pensamiento consciente e inconsciente.

Hablar de los hombres como únicos inventores de palabras y significados es caer a nuestro juicio en una simplificación. Creemos con Cameron (23) que "el control masculino sobre el significado es imposible. Ningún grupo tiene en su poder fijar lo que las expresiones de una lengua significarán, porque los significados no pueden ser fijados". El lenguaje suele reflejar los intereses de grupos poderosos que discriminan no solamente a las mujeres y el género es sólo una de las formas de desigualdad social. Si pensamos en la posición de las mujeres de clase media en relación a las obreras, o a las blancas en relación a las negras, y aceptamos que la imposición de significados se debe a la posición de poder dentro de una sociedad, tendríamos que aceptar que algunos grupos de mujeres podrían estar también en condición de inventar y validar ciertos significados. Pero lingüísticamente hablando, pensar en los significados como inventados o validados desde lo alto para ser transmitidos hacia los de abajo resulta un tanto problemático. Ninguna lengua es un sistema homogéneo con un único conjunto de significados aprobados y por lo tanto no puede ser totalmente sexista. Si lo fuese, si en verdad afectase la percepción del mundo de sus usuarios y promoviese una sociedad sexista como si éste fuese el orden natural de las cosas, deberíamos urgentemente encarar una reforma lingüística para conseguir una sociedad más justa.

Los análisis feministas más recientes sobre la diferencia y la diversidad apuntan a problemas más complejos de interpretación, entendimiento y evaluación que acompañan a todos los actos de habla e intercambio lingüístico. Estos deben ocurrir no sólo a través de las líneas de género sino

también a través de la raza, la clase, etnia, preferencia sexual y edad. Estas líneas se entretajan para formar significados que construyen la diferencia de acuerdo a las variables pertinentes para especificar situaciones y tornan para siempre ilegítima la existencia de un lenguaje común.

La solución para todos estos planteos sería repensar la diferencia sexual dentro de una conceptualización dual del ser, en la que tanto el hombre como la mujer fuesen las formas primarias originarias; superar la formación de Eva a partir de la costilla de Adán, que relega a ésta como depositaria de la diferencia sexual y deja al varón con todos los beneficios de la universalización. Como todo producto humano, el lenguaje se modifica, cambia, evoluciona y lo hace a partir de sus usuarios. Eliminar el sexismo, encontrar un código diferente, mejorar el tenor de los discursos, es una tarea a realizar.

NOTAS:

- (1) Génesis 2.15, "... Tomó pues, Yavé Dios al hombre y le puso en el Jardín de Edén para que lo cultivase y guardase y le dio este mandato: "De todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres ciertamente morirás". Y se dijo Yavé Dios: "No es bueno que el hombre esté solo, voy a hacerle una ayuda semejante a él". Y Yavé Dios trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, para que viese cómo los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera". Y dio el hombre nombre a todos los ganados, y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias del campo; pero entre todos ellos no había para el hombre ayuda semejante a él. Hizo pues, Yavé Dios caer sobre el hombre un profundo sopor; y dormido, tomó una de sus costillas, cerrando en su lugar con carne, y de la costilla que del hombre tomara, formó Yavé Dios a la mujer, y se la presentó al hombre. El hombre exclamó: "Esto sí que ya es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta se llamará varona, porque del varón ha sido tomada"... *Sagrada Biblia*, biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1960.
- (2) En "La emergencia del carácter femenino. Una lectura del Génesis", *Feminaria*, Año IV, N° 7, agosto 1991, Mieke Bal explica la creación de la mujer como un ser sexual a partir de los términos 'is e 'issa que en ese texto indican seres sexualmente diferenciados. "Y Jahvé Dios creó con la costilla que le tomó a ha- 'adam (un ser neutro) a la mujer ('issa)", Gen 2:22. Es 'issa que cambia el significado de hadam por ser viviente humano a ser viviente varón. En este sentido semiótico la mujer fue formada primero. Ella es el primer ser significado, el varón es el primero en hablar.
- (3) Spender, Dale *Man made Language*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1980, p. 143.
- (4) Whorf, Benjamín Lee, *Lenguaje, Pensamiento y Realidad*, Barral editores, Barcelona, 1971.
- (5) Sapir, Edward, "The Status of Linguistics as a Science", *Selected Writings of Edward Sapir*, Berkeley, 1958, p. 162.
- (6) Whorf, Benjamín Lee, op. cit., pp. 84 y ss.
- (7) Cameron, D. *Feminism and Linguistic Theory*, Mac Millan, Londres, 1985, p. 15.
- (8) Culler, Jonathan, *La poética estructuralista*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1978, p. 348.
- (9) Scott, Joan, "Igualdad versus diferencia", *Debate feminista*, Año 3, N° 5, marzo 1992, p. 87 y 88.
- (10) Monique Wittig, pese a ser una feminista francesa, puede ser distinguida del grupo de *L'écriture féminine*. Es una escritora lesbiana que busca recrear un lenguaje centralizado en la mujer en sus obras de ficción. *Las guerrilleras o El cuerpo lesbiano*. Ella rompe la relación sujeto y objeto (j/e), forma palabras nuevas, modifica las antiguas, y rompe las reglas del género para re-imaginar relaciones. Wittig ha sido una dura crítica de Cixous, Irigaray y Kristeva a quienes reprocha no tener en cuenta la realidad material. En un ensayo titulado *Paradigma dice Wittig* "La humanidad debe encontrar otro nombre para sí misma y otro sistema de gramática que prescindirá del género, el indicador lingüístico de las oposiciones políticas".
- (11) Joan Scott sostiene que uno de los enfoques para el análisis del género es la posición teórica compartida por los postestructuralistas franceses y teóricos angloamericanos de las relaciones objetales, que se basan en esas escuelas de psicoanálisis para explicar la producción y reproducción de la identidad genérica del sujeto. "Las ideas conscientes de masculino y femenino

no son fijas, ya que varían según el uso del contexto... Esta clase de interpretación hace problemáticas las categorías de "hombre" y "mujer" al sugerir que masculino y femenino no son categorías inherentes, sino construcciones subjetivas (o ficticias). Esta interpretación implica también que el sujeto está en un proceso constante de construcción y ofrece una forma sistemática de interpretar el deseo consciente e inconsciente, al señalar el lenguaje como el lugar adecuado para el análisis". ("El Género: una categoría útil para el análisis histórico" en J. Amelang y M. Nash, Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea, edicions Alfons el Magnanim, Valencia, 1990, p. 23-56).

(12) Jane Flax, "Posmodernismo y relaciones de género en la teoría feminista", *Feminaria*, Año III, Nº 5, abril 1990, p. 1-14.

(13) Flax, op. cit., p. 4 Para ella "Las relaciones de género han sido (más o menos) relaciones de dominación... controladas por uno de sus aspectos interrelacionados: el varón. Estas relaciones de dominación y la existencia de las relaciones mismas de género han sido encubiertas en varias formas, incluyendo el definir a las mujeres como una "cuestión" o el "sexo" o el "otro" y a los varones como lo universal, o al menos sin género".

(14) Citada por Culler, Jonathan, Sobre la Desconstrucción, Editorial Cátedra, Madrid, 1984, p. 49.

(15) Culler, Jonathan, op. cit., 1984, p. 49.

(16) En "Writing the body: toward an understanding of l'écriture féminine", *feminist Studies*, 7 (1981), pp. 247-63, Ann Rosalind Jones compara los

trabajos de Kristeva, Irigaray y Cixous y aunque aprecia sus contribuciones, hace algunas críticas muy agudas sobre la postura del dualismo esencial Masculino/Femenino y la tendencia a eliminar ciertas diferencias entre las mujeres, por ejemplo, la clase social.

(17) Smith, Sidonie, *A Poetics of Women's Autobiography*, Indiana University Press, Bloomington, 1989.

(18) Showalter, Elaine, "Feminist Criticism in the Wilderness", *Critical Inquiry*, 8 (1981), p. 179-206. En este ensayo ella distingue entre la "crítica literaria feminista" interesada por la lectora feminista, y la "ginocrítica" que se ocupa de la mujer escritora.

(19) Citado por Smith, Sidonie, op. cit. p. 57.

(20) Gilbert, Sandra y Susan Gubar, *The Madwoman in the Attic. The woman writer and the nineteenth century imagination*, Yale University Press, New Haven, 1979.

(21) Smith, Sidonie, op. cit. pp. 58.

(22) En la obra *The future of difference* editado por hester Eisenstein y Alice Jardine se incluyen algunos trabajos interesantes que exploran el Feminismo francés y lo que Donna Stanton llama "la des-conexión Franco-americana" (pp. 73-87) Ella observa que la crítica feminista norteamericana y sus estudios sobre el lenguaje tienden al "empirismo pragmático" mientras que las francesas son más abstractas y teóricas, más abiertas a nociones tales como "el inconsciente femenino".

(23) Cameron, D., op. cit. p. 143.

Lo Público y lo Privado: notas sobre la segregación de la mujer en el ámbito doméstico.

Gabriela Jimenez *

INTRODUCCION.

El transcurso de un día, con su empleo del tiempo, comidas, recepciones, visitas, es lo que trata el Manual del Ama de Casa escrito por Mme. Pariset en 1821 y que corregido volvió a publicarse casi cien años después bajo el título de Nuevo manual completo del ama de casa. Estas guías que puntualizaban los ritos de la vida privada burguesa, a las que podemos agregar La perfecta esposa, de Mme. Gaçon-Dufour (1826) con múltiples ediciones, son ejemplos de los manuales de urbanidad que proliferan a lo largo del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, herederos de los de economía doméstica de siglos precedentes (1).

La importancia de su difusión exitosa tiene significado en tanto revela una preocupación por encontrar un nuevo modo de vida, que conlleve un nuevo tipo de felicidad. Este modo de vida es exclusivamente "privado", el marco de la dicha es el círculo familiar y la actuación principal le compete al ama de casa. Ella será quién dirija las tareas domésticas y organice la vida cotidiana, las relaciones de la familia con el exterior y hará que todo el mundo, el esposo en primer lugar, encuentre en la casa el máximo de bienestar. A los hombres se les asigna el tiempo de la vida pública y su ritmo está marcado por los negocios.

Esta gestión de los tiempos y de los espacios hace de la vida privada el puerto al que el hombre llega para descansar de las fatigas de su trabajo y del mundo exterior. La casa es el "nido", preparada armoniosamente, parecería el lugar del tiempo suspendido. Esta idealización del nido trae aparejada la idealización del personaje del ama de casa.

Se arriba, así, a una concepción que separa dos ámbitos y que define la realidad material y simbólica de la división del trabajo por género: uno privado o doméstico en el que se especializan las mujeres y el público o político que

corresponde a los varones.

Esta separación presentada con la naturalidad de la evidencia es, sin embargo, una construcción histórica - que ilustran muy bien los manuales de urbanidad citados - que cristalizó en el siglo XIX.

En una primera aproximación se puede decir que fue en la Inglaterra del inicio del siglo XIX bajo la influencia conjugada de los evangélicos, los utilitaristas y una evolución económica que alejaba progresivamente domicilio y lugar de trabajo, cuando se operó la demarcación de lo público y lo privado, consustanciándose éste con la familia, al tiempo que se operaba una diferenciación más estricta de los papeles sexuales (2).

La dualización del quehacer humano según esta división del trabajo por género ha provocado una tensión entre lo público y lo privado, en todos los términos que competen como orientaciones, conductas, vida cotidiana, capacidades, ideas, sentimientos, y que se traduce en una jerarquización de las relaciones entre los sexos. Esta distinta valoración trabaja también como oposición: en dicha ideología la mujer para participar fuera de su hogar debe descuidar las tareas domésticas, abandonando su papel familiar.

En el presente trabajo propongo apuntar algunas consideraciones sobre la historicidad de los conceptos de público y privado que echan luz sobre el complejo proceso por el cual la mujer vio reducido su lugar social al ámbito doméstico. Como tema conexo se trata a la familia identificada cada vez más con la pareja conyugal y sus hijos solteros y caracterizada como el sitio propio de la intimidad y la afectividad. Por último, se analizan los casos de mujeres pertenecientes a diferentes clases sociales que encarnan el ideal de domesticidad.

Debido a la necesidad de optar por determinados

problemas se dejó de lado la cuestión de los símbolos que operan asociados a la segregación de la mujer al espacio privado, los cuales se traducen en múltiples estrategias que abarcan desde el imaginario social hasta la educación y religión.

De lo Público a lo Privado: la segregación de la familia conyugal.

Entre los siglos XVI y XVIII se define una nueva manera de concebir, vivir y preservar la existencia privada como un proceso que no es en absoluto una evolución lineal y unívoca. Fue Philippe Ariès quien propuso una primera división de este proceso, que no distinguía secuencias estrictas y sucesivas, sino formas de afianzamiento de lo privado que se superpusieron o disociaron de forma gradual y cuya aparición fue más precoz en unos casos y más tardía en otros. En consecuencia, se pueden considerar tres fases o casos principales de la exigencia de la privatización: "en primer lugar la búsqueda de cierto "individualismo" de costumbres que separa al individuo de lo colectivo; luego la multiplicación de grupos de convivencia social que permiten escapar tanto de la multitud como de la soledad, y que son más restringidos que la comunidad de existencia en su totalidad - la del pueblo, la de la condición o el oficio- pero más amplios que la familia; por último la reducción de la esfera de lo privado a la célula familiar, que se convierte en el principal ámbito, cuando no en el único, en que se deposita la afectividad y se salvaguarda la intimidad" (3).

La esfera privada para formarse tiene que emanciparse de distintas trabas. Ante todo, implica que se establezca una clara división entre la función de representación pública y el recogimiento en la intimidad de lo particular. Por consiguiente, para los muchos que en la antigua sociedad poseen cargos y autoridad, inclusive el soberano, se establece un reparto de los tiempos y de los lugares, de los cometidos y de las prácticas. Este reparto es posible gracias a la propia transformación del Estado, que impone sus leyes y controles en terrenos que hasta entonces han estado regidos mediante acuerdos o conflictos, por los individuos, las familias y las clientelas. En contrapartida, el esmero en diferenciar lo que exige el empleo público de lo que es parte de la vida privada, protegida y secreta, lleva a desprivatizar en gran manera el ejercicio de la autoridad pública. Por ejemplo, en Francia subsiste tardíamente la indecisión de mantener en situación pública y a la vez personal los archivos de los administradores del Antiguo Régimen.

Proceso de más larga duración es, sin duda el esfuerzo por construir la existencia privada mediante la sustracción de las imposiciones familiares. La familia que en el siglo XIX casi se convirtió en sinónimo del "concepto de privado", pudo ser anteriormente uno de los obstáculos que impedían que se viviera una vida propia, en medio de amistades comunes. De ahí que, de manera paradójica, resulte posible privatizar la existencia individual en el seno de convivencias sociales elegidas. Son relaciones que se deciden por el gusto de estar juntos, sin que intervenga la necesidad o la formalidad, pesando y generando conflictos en el caso de la libre elección de la pareja para el matrimonio (4).

El ámbito privado moderno se afianza por medio del

distanciamiento de la **res pública** o del **orden familiar**, pero también oponiéndose a las imposiciones colectivas de la **costumbre**. Efectivamente, es la costumbre lo que da sus formas concretas a esa "sociabilidad anónima" que, en opinión de Philippe Ariès, fue destruida lentamente por el proceso de privatización de entre los siglos XVI y XVIII. Anonimato no significa en este caso que todo el mundo se tratara sin conocerse, en la indistinción de las relaciones que se trababan en el pueblo o el barrio, sino que instituciones, ritos y penalidades establecidos por la costumbre garantizaban la adecuación de las conductas individuales a las normas aceptadas y sancionaban los apartamientos y los desvíos. De este modo, cualquier decisión personal se hallaba sometida a un control social riguroso, que era atribución de ciertos particulares - por ejemplo las abbeyes de Juventud, y se enunciaba mediante ritos espectaculares ejercidos en nombre de toda la comunidad. Una forma de ridiculización popular institucionalizada eran las "cencerradas" destinadas a llamar al orden a aquéllos que hubieran quebrantado las normas populares sobre la moralidad familiar o la elección del conyuge "equivocado" en el caso del matrimonio de una joven con un hombre muy anciano.

Progresivamente, los rigurosos dispositivos de esa vigilancia que ejerce la colectividad van siendo rechazados, desacreditados y denunciados. Poco a poco van resultando una insoportable violación de la libertad de elegir del individuo o de la soberanía de la familia, es decir, una intolerable intrusión en el terreno privado y, por lo tanto, ajeno a la jurisdicción de la comunidad. Pero los tiempos son muy variables, ya que en Francia meridional el rechazo de las trabas impuestas a la voluntad se manifiesta con fuerza en el siglo XVIII; en otras partes, especialmente en medios burgueses y grandes ciudades, esta corriente de sustracción a la censura de la comunidad es más antigua (5).

Ahora bien, estos nuevos acuerdos son los que establecen las alianzas y también organizan las relaciones entre marido y mujer, gobernando la vida de la crianza. De este modo, la **familia** se convierte en el ámbito por excelencia de lo **privado**. Por un lado se identifica con un espacio propio y específico: el de la vivienda doméstica. Incluso en aquellos lugares en que la cohabitación de varios matrimonios de una misma familia continúa siendo habitual, cada cual posee en la vivienda común un espacio reservado para esconder su intimidad. En la ciudad, dentro de la obligada promiscuidad de las casas de pisos, la habitación o una buhardilla son frágiles refugios para el individuo solo, la pareja o la familia nuclear. Paralelamente, la arquitectura doméstica varió a causa de una segregación entre las habitaciones de dormir, las de comer y las de trabajar, en tanto que la introducción de pasillos creaba un espacio para que las familias más opulentas pudieran estar más seguras de no ser molestadas por los criados; la disminución del número de sirvientes agrícolas internos y el creciente alejamiento de los sirvientes domésticos de las comidas y de los aposentos de las familias señoriales fue un tema muy comentado en la Inglaterra del siglo XVIII: los contemporáneos consideraban que iba asociado a las aspiraciones, de las mujeres en particular a una existencia más privada y a un status más diferenciado (6).

Por otro lado, la familia concentra los afectos, encauza la afectividad, liga al individuo. La cuestión de la identi-

ficación del honor personal con el de cada miembro del grupo familiar no es exclusiva del siglo XVIII; ya la encontramos en las intrigas de las comedias del Siglo de Oro. Las amistades de oficio y de juventud o las fortuitas hacen por mucho tiempo la competencia a los afectos conyugales o familiares. "No obstante, es durante el siglo XVIII cuando lo fundamental de la existencia privada se concentra en el ámbito familiar, sin discordancia entre el individuo y los suyos, como prueban el afianzamiento de una nueva visión del niño o la aparición del culto familiar a los muertos" (7).

La segregación de la familia nuclear trae aparejado otro elemento: el énfasis creciente en la valoración de la vida doméstica. "La familia conyugal no sólo se quedó aislada, sino que además se convirtió en objeto de veneración, al igual que la cultura de "la auténtica mujer de su casa" asociada en gran medida a ella" (8). Llegamos, así, al afianzamiento del ideal de domesticidad para la mujer articulado a la culminación del proceso de privatización de la existencia del individuo, en un marco más amplio. Según Michael Anderson la vida doméstica había alcanzado su cenit en Inglaterra en el siglo XIX y se había propagado ampliamente sobre todo a Norteamérica (9), extendiéndose a otros grupos sociales. Para comprender la repercusión de este modelo no debemos perder de vista que Inglaterra actuó, especialmente, durante la primera década del siglo XIX como irradiadora de cultura para las clases dominantes.

Las Mujeres en el Hogar

Como se dijo, fue en el seno de la burguesía donde se asoció el ideal de la vida doméstica con otras ideologías sobre los roles sexuales que conformó una estricta discriminación entre el trabajo desempeñado por los hombres fuera de la casa y las ocupaciones domésticas, realizadas por sirvientes bajo la supervisión de las mujeres.

En las líneas que siguen se pretende señalar algunos ejemplos históricos con el fin de lograr una visión más matizada del proceso considerado y reflexionar respecto a las variantes presentadas por las diferentes inserciones sociales y económicas de las mujeres.

Amas de casa burguesas

El caso de las mujeres burguesas del Norte (Francia) fue estudiado por Bonnie Smith y constituye un ejemplo muy particular. Durante la primera mitad del siglo XIX aquéllas participan en la gestión de los negocios, llevan la contabilidad de la empresa y realizan inversiones industriales. En cambio en la década 1850-60 se produce un viraje, ya que sólo las viudas prosiguen con esta tradición de la industria textil de la seda; la mayoría de las mujeres se retiran de la esfera económica para "encerrarse" en sus casas. Este cambio está corroborado por una dirección nueva en el sistema de relaciones industriales que se hacen menos paternalistas; los patrones dejan de vivir en las proximidades de su fábrica y, enriquecidos, se reagrupan en barrios nuevos y más elegantes.

Las mujeres en consecuencia, administran su casa, su numerosa servidumbre y las muy numerosas familias que les proporcionan sus creencias católicas y las estrategias aliancistas del Norte. Ellas son las que edifican y encarnan

una moral doméstica basada en tres pilares: la fe frente a la razón, la caridad contra el capitalismo, y la reproducción como justificación. La demografía corrobora estas proposiciones ya que la tasa media de hijos por familia pasa de 5 a 7 entre 1840 y 1900 (10).

Este acabado modelo de domesticidad se encuentra paradójicamente en mujeres que parecen poseer una elevada consciencia de sí mismas y hasta cabría la tentación de hablar de cierto "feminismo cristiano". No creemos pertinente poder hacerlo si se define a éste por la igualdad, debido a que aquí lo que se reivindica es la diferencia. De cualquier modo dicho caso resultaría útil para comprender las consecuencias teóricas de los actuales análisis de las feministas culturales o de la diferencia.

Si bien se debe tener en cuenta que la esfera privada y los papeles femeninos no han dejado de revalorizarse durante el siglo XIX, también existe una preocupación real de la sociedad por la utilidad, por el número de hijos: la posición de la madre burguesa dentro de su casa es la de reina, pero dependiente de su esposo.

El ama de casa de las clases populares

En primera instancia no hay que olvidar que hacia fines del siglo XIX también las clases trabajadoras estaban haciendo culto al "hogar dulce hogar", aunque con un sentido propio como señala Anderson al plantear que el movimiento se basaba sobre todo en el deseo de preservar la intimidad y el amor propio en casa atiborradas y paredes delgadas. (11)

El ama de casa de las clases populares supone un personaje mayoritario debido a que es la condición de la mayor parte de las mujeres que viven en parejas, se hallen o no casadas.

La forma de vida popular sostiene, como se dijo, la presencia de la mujer en el hogar lo que en este caso no significa necesariamente "en el interior" ya que la indigencia de la vivienda hace del domicilio un lugar de reunión más que una residencia. Es polivalente, en el sentido de que se halla investida de múltiples funciones: es la encargada de traer al mundo y mantener a los hijos pequeños, muy numerosos todavía en las familias obreras que se encuentran entre las últimas en evitar los nacimientos.

Segunda función: el mantenimiento de la familia, las "labores domésticas" que abarcan todo tipo de cosas, búsqueda del mejor costo de los alimentos, ir por el agua, la leña, el mantenimiento de la casa, comidas y sobre todo, de la ropa blanca y la de vestir.

El ama de casa se esfuerza también por aportar un "salario complementario" procedente sobre todo, de actividades de servicios: lavado a destajo, trabajos por hora, pequeñas operaciones comerciales. Progresivamente, con acento durante el último tercio del siglo XIX, el trabajo a domicilio, dentro del marco de una industria textil racionalizada, capta esa inmensa fuerza de trabajo concentrada en el hogar. Las primeras seducciones de la máquina de coser la propia Singer- las confinan en su propio hogar.

Son, además, responsables de la administración de la paga. En Francia está comprobado, hacia mediados del siglo XIX, un gran número de obreros entregan su salario a sus mujeres respectivas; situación percibida por los grandes almacenes que ya tratan de orientar el consumo con los

tímidos inicios de la publicidad.

Tienen muchos otros dominios de intervención: los cuidados "del cuerpo y del alma" que aún dominan los intrincados sistemas de representaciones; en un tiempo en que el acceso al médico en los ambientes obreros es excepcional, las mujeres utilizan los recursos de la farmacopea tradicional, así como también las sugerencias de un saber nuevo como la higiene (12).

Desde otra perspectiva, se hallan cortejadas por la Iglesia, con sus fiestas y sociabilidades, y son con frecuencia delegadas de la religión. Agregamos en este sentido que el siglo XIX es la edad de oro del sacramento de la penitencia y en el proceso de individuación constituye una estrategia de salvaguarda de la moral familiar (13).

Es interesante destacar que "el sacramento de la penitencia no escapa al dimorfismo sexual que caracteriza la práctica religiosa del siglo XIX" (14). Todas las fuentes llevan a subrayar la feminización del sacramento. Esta tendencia se encuentra acentuada por la "confesión de dependencia": el sacerdote recibe a la vez la misión de velar por la pureza de la joven, la fidelidad de la esposa y la honestidad de la sierva. Aunque en la práctica la frecuencia del sacramento difiere según el individuo y su ubicación social y el crecimiento en el mismo siglo del agnosticismo y del libre pensamiento (15).

Volviendo a nuestro centro de interés se puede pensar que al estar basada en la gestión de la vida cotidiana y de la casa, las intervenciones fuera del ámbito doméstico de las amas de casa de las clases populares se fueron haciendo cada vez más escasas. No es cierto que la modernización aumentara sus poderes; en la medida que la vida privada se fue viendo asediada por todas partes, los modelos de identidad de la clase obrera eran ampliamente masculinos y todas las circunstancias empujan a la mujer a replegarse al ámbito doméstico.

¿Amas de casa en la sociedad rural?

La inclusión del lugar de las mujeres en las sociedades rurales se decidió a partir de las diferencias que existen con el mundo urbano.

Martine Segalen, entre otras, ha contribuido a poner en claro las funciones y el lugar de las mujeres en la sociedad rural francesa del siglo XIX. A grandes rasgos digamos que propone la complementariedad de las tareas masculinas y femeninas en un espacio en el que el trabajo establece una continuidad, incluso una confusión entre lo público y lo privado (16).

Según la autora, la campesina continúa ejerciendo sus saberes a lo largo del siglo XIX, pese a los embates de los discursos devaluadores de las clases superiores -médicos, filántropos- porque no pueden hacer contapeso a sus necesidades. Los tradicionales saberes femeninos acerca de la vida, la salud y la muerte siguen siendo esenciales.

El sitio de la mujer en la organización de las faenas agrícolas es asimismo fundamental. "De ella depende todo lo doméstico, todas las tareas que ponen en juego el agua y el fuego... De ella depende también el cuidado de los animales, del huerto, que exteriores, pero comprendidos dentro de la explotación agrícola, constituyen sus dominios, lugares ambos de fuerte connotación simbólica" (17). La producción de estos últimos alcanza un valor económico importante ya que

son una fuente de ingresos al venderlos la granjera en el mercado.

El trabajo doméstico es un "privilegio femenino" y fuente de orgullo; aquél no está devaluado como hoy sucede. "Por otra parte no se observa la dicotomía contemporánea entre doméstico-manual, devaluado y producción-mecanizada, sobrevalorada" (18). Es que las cualidades conjuntas de buena ama de casa y ama de granja constituyen un imperativo para la buena marcha de la explotación.

La presencia de la mujer es también indispensable en los campos, donde los trabajos agrícolas están organizados en base a un reparto sexual estricto y una complementariedad.

Plantea que las mujeres tienen una sociabilidad específica, debido a que todo las empuja a abandonar el ámbito doméstico para cumplir sus tareas como ir al horno comunal, fuente, arroyo, etc. Es más, las asambleas femeninas se especializan en otro tipo de discurso, hoy calificado como privado: la moral sexual, las relaciones amorosas, en fin, entre ellas es donde se produce el "rumor".

"El poder de la mujer en el seno de los miembros de la casa está anclado, tanto en sus habilidades, como en los misterios de un cuerpo cuyo funcionamiento los hombres apenas comprenden" (19).

Sin embargo, es Martine Segalen quien pone de manifiesto que el esquema planteado no traduce toda la variedad de situaciones sociales y regionales. El nivel de riqueza influye sobre la organización de los trabajos y papeles sexuales, distinguiendo la pobre jornalera y el ama de una granja. Las normas culturales propias de cada región y que aparecen, por ejemplo, a través del sitio dejado a las mujeres en la devolución de bienes tiene también su importancia. Asimismo habría que tener en cuenta la manera en que lo doméstico se imbrica con lo social (20).

La cuestión de los espacios femeninos valorizados en sociedades rurales es sostenida también por otros trabajos como el de Agnès Fine y el de Yvonne Verdier; esta última analiza las mujeres de aldea que según sus conclusiones no se encuentran en modo alguno encerradas en casa porque "ayudan": lavandera, costurera, cocinera (21).

Al decir de Arlette Farge es interesante subrayar la identificación de espacios y conductas femeninos y revalorizarlos, poniendo al descubierto las categorías de masculino y femenino hasta ahora sofocadas por un neutralismo sexual, sólo redituable para el mundo masculino; por otra parte le daría un nuevo giro a la consabida pareja dominación masculina/opresión femenina.

Si bien el estudio de los saberes y poderes femeninos representa una adquisición evidente que enriquece la confrontación -real y simbólica- entre la vida privada y la vida pública, se corre el riesgo de caer en una perspectiva de culturas plurales y complementarias que olvida que la relación entre los sexos está marcada por el desigualitarismo y la violencia (22).

NOTAS

- (1) Anne Martin-Fugier, Los ritos de la vida privada burguesa, en *Historia de la vida privada*, tomo 7, Bs. As., 1991, p. 205 y ss.
- (2) Michelle Perrot, Antes y en otros sitios, en op. cit., p. 17 y 18.
- (3) Roger Chartier, Introducción en *Historia de la vida privada*, tomo 6, Bs. As., Taurus, 1991, p. 11.
- (4) Roger Chartier, op. cit., p. 11 y 12.
- (5) Roger Chartier, op. cit., p. 12 y 13; Michael Anderson, *Aproximaciones a la historia de la familia occidental*, Siglo XXI, Madrid, 1988, p. 42.
- (6) Roger Chartier, op. cit., p. 14; Michael Anderson, op. cit., p. 47 y 48.
- (7) Roger Chartier, op. cit., p. 14.
- (8) Michael Anderson, op. cit. p. 48.
- (9) Michael Anderson, op. cit. p. 48.
- (10) Citando a Bonnie Smith, Michelle Perrot, *La familia triunfante*, en

Historia vid..., tomo 7, op. cit., p. 147 - 8.

(11) Michael Anderson, op. cit., p. 49.

(12) Michelle Perrot, La familia triunfante, en op. cit., p. 149 y ss.

(13) Alain Corbin y Michelle Perrot, Historia vid..., tomo 8, op. cit., p. 205.

(14) Alain Corbin y Michelle Perrot, op. cit., p. 208.

(15) Alain Corbin y Michelle Perrot, op. cit., p. 178 y 208.

(16) Martine Segalen, Poderes y saberes femeninos a lo largo del siglo XIX, en *Debats* n° 7, marzo 1984, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, p. 68 - 71.

(17) Martine Segalen, op. cit., p. 69.

(18) Martine Segalen, op. cit., p. 69.

(19) Martine Segalen, op. cit., p. 70.

(20) Martine Segalen, op. cit., p. 70.

(21) Michelle Perrot, La familia triunfante, en op. cit., p. 145.

(22) Arlette Farge, La historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres: ensayo de historiografía, en *Historia Social* n° 9, inv. 1991, UNED, Valencia, p. 82 y ss.

La cuestión del honor en la familia tradicional

Elsa Caula *

La familia ha ganado en los últimos 20 años, un espacio importante en los temas investigados por los científicos sociales interesados en América Latina. En este interés ha influido, por un lado, la reflexión crítica sobre las relaciones de género impulsada desde el feminismo y por otro, el renovado interés en la historia de la familia que, desde el campo de la investigación histórica ha dejado su marca y sus frutos.

Los trabajos realizados muestran claramente la diversidad de formas y funciones familiares así como la diversidad en las actitudes hacia las relaciones familiares, no sólo a lo largo del tiempo sino también en cualquier momento concreto. (1)

Historiadores europeos y norteamericanos como Phillippe Ariès, Daniel Scott Smith, Lawrence Stone y Randolph Trumbach entre otros, han señalado que entre finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX se operaron los cambios que transformaron definitivamente la familia, su papel como institución social, el contrato matrimonial y los patrones de comportamiento doméstico.

Las investigaciones en el campo de la historia social de América Latina colonial, aún están en proceso de arribar a conclusiones definitivas, pero sugieren ya, la persistencia de una ética familiar tradicional para el período antes señalado. (2)

Los aportes realizados por Jean Louis Flandrin (3) son muy valiosos, porque se enfrenta al clisé sociológico de un pasaje más o menos homogéneo de la familia "tradicional" a la "nuclear" con las evidencias de una trama mucho más compleja y una temporalización de sus formas que no es ni progresiva ni continua. Además porque trasciende las costumbres y relaciones de los poderosos para iluminar la vida privada de los sectores populares con un enfoque que supera la separación entre espacio público y privado que le permite explicar mejor las transformaciones de la sociedad francesa.

La intención de este trabajo es ahondar en el concepto de honor, su significado particular en el marco del modelo de familia tradicional, porque al estudiar el ámbito colonial hispanoamericano, dicho concepto aparece como elemento estructural del sistema más que como un valor cultural.

El concepto de honor será necesario entenderlo en el marco de los principios ideológicos que sustentaron el mode-

lo de familia tradicional, fundamentados en la moral y la ética cristiana.

Para la concepción escolástica, carne y espíritu eran dos fuerzas contradictorias y la ética sexual se fundaba en el rechazo al placer y la reprobación de toda pasión amorosa. La sexualidad eximida de pecado, quedaba así reducida a los estrechos límites de la procreación que, por otro lado, reproducía la unión de la Iglesia y Cristo.

Por otra parte la casi inexistente diferenciación individual de las sociedades precapitalistas occidentales configuró un tipo de organización familiar donde los grupos y los lazos de descendencia se hicieron indispensables para la gestación de una identidad que legitimada por el poder matriarcal, podía ser reconocida socialmente. (4)

En este sentido la autoridad legal y el control económico del patriarca, el predominio del amor heterosexual, la imprescindibilidad del sacramento matrimonial y la fidelidad conyugal constituyeron los valores familiares de esta sociedad. (5)

El matrimonio cumplió por lo tanto, una función social primordial, su regulación tanto moral como legal fue estratégica para la continuidad del modelo social. La institución matrimonial se encontraba por su posición, rodeada de un estricto armazón de ritos y de prohibiciones. Los ritos trataban de hacer público y de socializar un acto privado; las prohibiciones trataban de establecer la frontera entre la norma y la marginalidad, lo lícito y lo ilícito, lo puro y lo impuro. (6)

En el plano de las relaciones familiares, la subordinación y el sometimiento de las mujeres era justificado por ser éstas "seres inferiores" a quienes se les destinaba protección, vigilancia y control: los textos sagrados y aristotélicos fueron suficientemente explícitos en tal sentido. (7)

En este marco las relaciones entre los sexos se encuentran regidas por un criterio doble de moralidad sexual. La condición de cada género depende del reconocimiento de ciertos valores conferidos a un sexo y al otro que determinan los ideales por los que luchan, los modos de conducta que adoptan y las presiones que se ejercen al formar su conducta. (8)

Uno de los significados de la noción del criterio de doble moral se refiere al hecho de que se exigen conductas

diferentes para los hombres y las mujeres. A las diferencias físicas que justifican la división económica del trabajo se suman las genérico-culturales que determinan el modo como se distribuyen las cualidades morales entre los sexos en el interior de la familia.

La fortaleza en los muchachos, asociada a "autoridad"- "prioridad", y la vergüenza sexual en las muchachas, asociada a "virtud", son las cualidades de mayor importancia al respecto. Ambas van combinadas en el concepto global del honor.(9)

Los hombres son responsables del honor de sus mujeres, que se vincula con la pureza sexual, y su honor deriva en gran medida del modo como cumplen con la responsabilidad de su protección. La falta de castidad en las mujeres pone en peligro el honor familiar, mientras que la promiscuidad sexual de un hombre, aunque puede deplorarse, no contamina el honor de la familia.

En este sentido podemos reconocer una distinción en las reglas que rigieron la transmisión del honor de una generación a la siguiente: el aspecto de honor relativo a la posición social desciende por línea masculina con preferencia a la femenina y el honor derivado de la vergüenza sexual se transmite a través de las mujeres. Estas concepciones que revelan la división moral del trabajo no son conceptos opuestos, se entranan mutuamente en el sentido de que el honor femenino sin defensa puede considerarse que no existe y a falta de él el honor masculino no puede transmitirse.

Los insultos más graves que pueden dirigirse a un hombre no se refieren a él mismo, sino a las mujeres de su familia especialmente su madre, también su hermana y su esposa. A eso se debe que los hombres reclamen "autoridad" sobre las mismas y les exijan cualidades morales que no esperan de sí mismos.

Por esta razón, también se espera de las mujeres que sean más asiduas en sus deberes religiosos que el hombre. El lugar de la mujer es la casa y la Iglesia, donde además se tiene la impresión de que el honor de la familia está a salvo.(10)

La recurrencia a una ética del honor marca que el "insulto", la "injuria" o simplemente la "sospecha" ponía en funcionamiento mecanismos de defensa tanto privados: la expulsión del hogar por ejemplo, como públicos: la denuncia judicial. Los efectos que tenían tales incidentes involucraban a todo el grupo familiar.

Esta ética se apoya en dos pilares fundamentales. Primero, la honorabilidad no podía ser recortada individualmente y era considerada socialmente como un valor familiar, y segundo, el sentimiento de honor inspiraba siempre conductas que debían ser reconocidas como honorables, concediendo un extraordinario poder al entorno y a la "opinión pública".(11)

A modo de conclusión debo señalar que la crítica a la imagen de la razón patriarcal hecha desde una lectura feminista me ha permitido deconstruir el concepto de honor y observar el funcionamiento dicotómico del modelo de familia tradicional, que se traduce en el código de doble moralidad sexual.(12)

Por otra parte, los aportes del nuevo feminismo esforzado en analizar y teorizar sobre el origen biológico o social de la "diferencia" vuelta "desigualdad", ha llevado a realizar un análisis crítico de la universalidad de la subordi-

nación femenina a partir del cual se pueden observar matices y precisiones que modifican y enriquecen la información teórico-histórica.

Retomando la realidad hispanoamericana colonial, podemos decir que del avance en nuestra investigación en curso surge, a partir de una lectura diferente de las fuentes, la existencia de un rol social femenino distante del "ideal de mujer" que se plantea desde la esfera del poder.(13)

La fuerte desarticulación entre norma y cotidianeidad, entre modelo social y realidad, a la luz de la conceptualización de género, nos permitirá continuar aproximándonos a un funcionamiento social más rico y dar con el tiempo respuestas cada vez más precisas acerca del problema de porqué la diferencia sexual implica desigualdad social.

NOTAS

- (1) Anderson, Michael, "Aproximaciones a la historia de la familia occidental (1500-1914)", Ed. Siglo XXI de España Editores S.A., 1988.
- (2) Cicerchia, Ricardo, "Vida familiar y prácticas conyugales. Clases populares en una ciudad colonial, Buenos Aires, 1800-1819", Boletín del Instituto de Hist. Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani", 3era. serie, núm. 2, 1990.
- (3) Flandrin, Jean Louis, "La moral sexual en Occidente", Barcelona, Granica, 1984, "Los orígenes de la familia moderna", Barcelona, Grijalbo, 1979.-
- (4) Sobre el incremento de la autonomía y los derechos del individuo, ver el capítulo "La aproximación a través de los sentimientos", en Anderson, M., op.cit.
- (5) Rodríguez Molas, Ricardo, "Divorcio y familia tradicional", Biblioteca Política Argentina, núm. 46, C.E.A.L., 1984.
- (6) Duby, Georges, "El amor en la Edad Media y otros ensayos", Alianza Universidad, Bs.As., 1988.
- (7) Los comentarios del texto sagrado, que a veces son los mismos que leen y comentan los textos aristotélicos, reconocen la sumisión de la mujer al hombre como uno de los momentos de la ordenación jerárquica que regula las relaciones entre Dios, Cristo y la humanidad; y además encuentran el origen y el fundamento divino de esa sumisión en la escena primaria de la creación de Adán y Eva en sus vicisitudes antes y después de la caída., en Casagrande, Carla, "la mujer custodiada", "Historia de las Mujeres" La Edad Media, Tomo 2, Ed. Taurus, 1992, págs. 112 a 116.-
- (8) Heller, Agnes, plantea una noción teórica de moral que aporta a la reflexión global del tema que nos interesa. Ella dice: "La moral es la relación entre el comportamiento particular y la decisión particular, por un lado, y las exigencias genérico-sociales, por el otro... está presente en cada relación humana." Señala dos consideraciones. En primer lugar dice: "no consideramos la moral como una esfera autónoma, sino como un fenómeno inmanente en cada esfera. En segundo lugar, a la moral le es inherente un momento ideológico y tiene además, un aspecto ideológico: ante todas las teorías que proporcionan una interpretación coherente de la moral, las éticas en sentido estricto; después los sistemas que (oralmente y por escrito) recapitulan las exigencias morales más importantes de determinadas épocas, los códigos morales." Heller, Agnes, "Sociología de la vida cotidiana", Ediciones Península, Núm. 144, 1991.
- (9) El "honor" era un bien esencial, comparable a la vida, que se debía proteger por todos los medios, Farge, Arlette, "Familias. El honor y el secreto", en "Historia de la vida privada", Núm. 6, Ed. Taurus, 1987. La noción de honor parece haber jugado un papel central no sólo en España, sino en otras sociedades mediterráneas. Para el ámbito colonial hispanoamericano, el concepto de honor se nos muestra como un elemento estructural del sistema, más que un valor cultural. La doble moral, estuvo fuertemente conectada a la rigidez estamental de la sociedad colonial; el honor implicaba pureza de sangre, castidad y lealtad conyugal, en Cicerchia, R., op. cit., pág. 108.
- (10) Pitt-Rivers, Julian, "Antropología del honor o política de los sexos", Ed. Crítica Grijalbo, 1979.
- (11) Cicerchia R., op. cit.
- (12) Scott, Joan, "El Género: una categoría útil para el análisis histórico", en Historia y Género: mujeres en la Europa moderna y contemporánea. Valencia, Alfons el Magnanim, 1990.

Barbieri, Teresa, "Sobre la categoría Género. Una introducción teórica metodológica", México, UNAM, 1991.

Lamas, Marta, "La antropología feminista y la categoría "género", en Nueva Antropología, Rev. de Ciencias Sociales, Núm. 30, México, 1986.

Benería, L. "Patriarcado o sistema económico? Una discusión sobre dualismos metodológicos", en "Mujeres, ciencia y práctica política", Madrid, debate, 1987.

(13) Caula, Elsa, "La elección matrimonial en Rosario a comienzos del siglo XIX". Proyecto de investigación presentado para acceder a la Maestría interdisciplinaria sobre la problemática del género, Rosario, 1993.

Caula, Elsa - Liñan, Nora, "Reflexiones sobre el derecho de Familia: El Río de la Plata a fines del siglo XVIII y principios del XIX", en revista Zona Franca, núm. 2, C.E.H.M., Rosario, 1993.

Mallo, Silvia, "La mujer rioplatense a fines del siglo XVIII: ideales y realidad", en Anuario del I.E.H.S., núm. 5, Tandil, 1990.

Quijada, M. y Bustamante, J., "Las mujeres en Nueva España, orden establecido y márgenes de actuación.", en "Historia de las Mujeres", T.3, Ed. Taurus, 1992.

*Las mujeres frente al Neoliberalismo **

James Petras y Rosa Cañadell

Existen, por lo menos tres niveles de discusión para enfrentar el tema de las mujeres y la sociedad neoliberal:

1) Su posición político-económica en la estructura social histórica; 2) los movimientos de mujeres y su relación con las transformaciones globales; y 3) la relación entre los movimientos de mujeres y la izquierda, predominantemente masculina.

La lógica del argumento es que las condiciones objetivas "estructurales" están estrechamente vinculadas con la subjetividad en una relación recíproca: si las condiciones económicas influyen sobre la construcción subjetiva, también la acción y la conciencia colectiva cambian el contexto económico y las condiciones sociales.

En este sentido, las formas concretas del neoliberalismo tienen sus repercusiones específicas sobre las mujeres, lo que condiciona y estimula su organización y luchas, al mismo tiempo que las actividades y acciones de las propias mujeres

* "Zona Franca" solicitó al sociólogo estadounidense James Petras que expresara su visión con respecto al tema del título. A continuación se transcribe el cuestionario remitido y la respuesta que Petras elaboró en colaboración con Rosa Cañadell. Estimamos que se trata de un buen avance de una discusión apenas abierta.

Cuestionario.

- ¿Qué significan las mujeres como parte de la sociedad?
- ¿Por qué se habla de ellas en especial, más que de los varones?
- ¿Existe una lucha de las mujeres?
- Si es así, ¿qué la motiva y qué significado tiene?
- ¿Qué particularidades presentan los movimientos de mujeres, entre los movimientos sociales en general?
- ¿La condición social de la mujer es un problema de la sociedad? ¿Para quiénes, y en qué sentido?
- ¿Aporta algo la lucha de las mujeres a la transformación de la sociedad?
- ¿La lucha de las mujeres, distrae fuerzas de la lucha general por la transformación de la sociedad?
- ¿Cómo ven los varones de las fuerzas de izquierda el tema de la mujer?
- ¿Es deseable alguna transformación de esa visión masculina de izquierda?
- ¿Para qué serviría?
- ¿Cómo habría que encararla?
- ¿Qué probabilidades habría de que esa transformación progresara y afectara las conductas masculinas (y femeninas) de izquierda?
- ¿Qué probabilidades habría de que esos cambios influyeran en los planteos teóricos, en los programas, en las estrategias y en las tácticas de las fuerzas de izquierda?
- ¿Es pertinente hablar de derechos humanos, pero referidos a las mujeres en particular?

repercuten en las estructuras globales.

Empezaremos analizando los aspectos más estructurales- históricos para ubicarnos después en las especificidades de la acción colectiva y la relación entre diferentes expresiones político-sociales en el campo de las mujeres.

La especificidad: estructura social y lucha femenina.

Las mujeres han sido esenciales, a través de todos los tiempos en la producción económica y reproducción social. Con la profundización del capitalismo, la unidad familiar-colectiva como productora y reproductora se rompe y los espacios quedan separados físicamente y simbólicamente (producción en la fábrica, reproducción en la casa). En esta separación a la mujer se le asigna la "especialización" de la reproducción - por lo menos a nivel ideológico.

En la realidad, el doble papel de las mujeres sigue vigente, por lo menos en la agricultura y en algunas industrias (textiles, confección, etc.), pero sin ser "reconocidas" como sujetos sociales: las clases antagónicas burguesía - clase obrera y sus luchas están escritas con plumas masculinas.

En suma, las mujeres forman parte de la clase laboral "en sí" pero no "para sí", y la brecha entre su papel objetivo (productivo/reproductivo) y el no reconocimiento subjetivo se manifiesta en dos niveles: la super-explotación de las mujeres por el capital y las desigualdades entre las mujeres y varones dentro de la clase obrera.

Los privilegios absolutos de unos (los capitalistas) y los relativos de otros (obreros varones) son el lazo invisible que perpetúa la condición subordinada de la mujer y el silencio frente a la ausencia de espacios y protagonismos femeninos.

Por otro lado, mientras hay una complicidad, a varios niveles, entre varones burgueses y populares, hay también diferencias esenciales en el conjunto de mujeres: la división de clases y etnias entre mujeres define las posibilidades de alcanzar más o menos espacios libres y, viceversa, de ser sometidas, no sólo por el mundo varón, sino por las propias mujeres.

La múltiple identidad, de género-clase-raza, implica la necesidad de una mayor clarificación cuando hablamos de las mujeres como parte de la sociedad. Obviamente, factores contextuales determinan las respuestas que puede tener, por ejemplo, la mujer indígena empleada doméstica o la burgue-

sa blanca profesional que la emplea. Si bien no todas las mujeres encuentran reconocimiento como sujetos sociales, algunas tienen mejores oportunidades, dada su posición de clase, que otras.

Organización y lucha.

En los últimos 20 años asistimos, en toda América Latina a un gran aumento del protagonismo de las mujeres, en el trabajo, la política, el barrio e incluso dentro de la propia familia.

Las mujeres crean sus propias organizaciones y luchas frente a la miseria y la represión de las dictaduras y continúan, actualmente, enfrentando la crisis económica y política del neo-liberalismo.

Todo ello ha generado una erupción pública de las mujeres y es este nuevo protagonismo, más que las desigualdades de siempre, la razón de que se hable más de las mujeres que de los hombres. Ahora, mucho más que antes, es imposible entrar en cualquier esfera de acción colectiva, debate ideológico, lugar de trabajo o relación familiar, sin encontrar la presencia y/o perspectiva femenina.

Y más aún, en un momento de reflujo de las organizaciones tradicionales (partidos, sindicatos, etc.), el auge y ampliación de las actividades de mujeres, define una nueva dinámica, un mayor potencial, que puede cambiar la correlación de fuerzas a nivel global. Cada vez más, las encuestas sobre actitudes socio-políticas muestran que las mujeres activas - en trabajos asalariados, en organizaciones sociales, etc. - están más a la izquierda que sus contrapartes masculinos.

La expresión del nuevo protagonismo de mujeres es multi-dimensional y multi-sectorial. Podemos distinguir, como mínimo, tres tipos de organizaciones en torno a las que se agrupan las mujeres: organizaciones para la subsistencia, por la defensa de los Derechos Humanos y las organizaciones propiamente feministas. En el sentido estricto, sólo las últimas están constituidas por y para las mujeres, pero una definición más amplia de "organizaciones de mujeres", que incluya el hecho de su papel hegemónico y su protagonismo en los grupos en favor de los DDHH, en los barrios, por la vivienda, etc., permite entender la profundidad de su erupción en el espacio público y su reconocimiento como sujeto social.

Las luchas de las mujeres pueden empezar a partir de problemas puntuales o necesidades concretas (vivienda, comida, búsqueda del hijo o marido desaparecido, violencia en la casa...), pero en la medida que estos problemas individuales se "socializan" a través de la organización y la lucha colectiva, ello da paso a un mayor grado de conciencia social y política de las mismas mujeres. Al mismo tiempo, estas luchas, junto con las reivindicaciones propiamente de género, pueden influir y ser incorporadas como elemento integral de un proceso más amplio de liberación social y abarcar tanto a hombres como a mujeres.

Las luchas de las mujeres han tenido el efecto de movilizar, politizar y organizar a un enorme sector de la población, desinteresado o marginado de la política convencional electoral, sindical, regional o nacional.

La política de los movimientos populares de mujeres conectan las necesidades cotidianas con la práctica política.

Las mujeres organizadas convierten el malestar individual privado en un proyecto colectivo público: las mujeres dejan de auto-culpase o consolarse con su destino fijo y empiezan a "exteriorizar" la agresión y la pena, en un mundo "maleable".

La inercia de siglos, la resignación, deja de definir la condición humana de la mujer: la liberación de energías, la voluntad de acción se manifiesta en los hechos. La mayoría de las organizaciones vecinales, de derechos humanos y de sobrevivencia están ya dirigidas por mujeres. En las aulas de conferencias, cuando nuevas ideas radicales desafían, no sólo a la derecha, sino a los tópicos de la izquierda tradicional, las mujeres son también las mayorías presentes.

Movimientos de Mujeres

Los movimientos de mujeres (MM) tanto comparten características con otros movimientos sociales (MS) como manifiestan particularidades. En todo caso, las diferencias entre los MM y los partidos políticos son más profundas: las organizaciones de los movimientos tienden a funcionar en asambleas, los debates involucran a sus miembros, vinculan las demandas cotidianas con la práctica, mientras los partidos muestran verticalidad, sólo activizan a los militantes para campañas electorales y negocian y transaccionan acuerdos a espaldas de sus apoyantes.

Las similitudes entre MM y MS se dan, en parte, porque funcionan los dos en estrecha relación con sus bases, comparten estructuras similares y también porque comparten sus componentes: las mujeres activistas están tanto en las organizaciones de mujeres como en los movimientos sociales.

Las particularidades del MM están, en gran parte, en los nuevos temas, perspectivas, exigencias y formas de lucha que han introducido en el campo político-social. Los nuevos temas son por ejemplo, la violencia doméstica, el aborto, la doble jornada, el doble estándar en el sexo, etc. Más allá de los temas particulares, se da una perspectiva que enfatiza que las clases y las razas están internamente diferenciadas, que hay grados de explotación y opresión entre los explotados, que no terminan con proyectos políticos puramente economicistas.

Finalmente, los MM han dado nueva vida a formas de acción popular que evitan el militarismo de los guerrilleros y el inmovilismo de los partidos electorales: acción directa que, muchas veces, depende en una importante parte de la educación recibida por las mujeres y que se basa más en la insistencia y en la fuerza "no violenta".

Los movimientos sociales y de mujeres crecen, en parte, por la forma exclusiva que crece el capitalismo liberal: los recortes en gastos sociales implican más trabajo para las mujeres - buscando centros de salud, esperando el transporte, caminando distancias para conseguir agua, etc. La desregulación de la economía significa más parados y más economía sumergida - y las industrias más afectadas (textiles, confección) emplean mujeres. La economía sumergida está en gran parte en talleres que explotan mujeres por debajo del salario mínimo. Y el crecimiento de trabajo temporal implica más quiebras en la familia y más explotación de mano de obra femenina.

La condición super-explotada de la mujer no es el "problema", sino una de las soluciones que propone la

economía liberal: mano de obra barata, flexible y que asume su mantenimiento a partir de sus propios esfuerzos.

Las condiciones de explotación de las mujeres perjudican a ellas mismas en salud, vida y futuro. Pero también perjudican a los obreros masculinos que tienen que competir en las nuevas condiciones de bajo salario y peores condiciones de trabajo. Y los niños y niñas sufren también las consecuencias de la privación material y las tensiones familiares que resultan de la política liberal.

Aportaciones del movimiento de mujeres

La lucha de las mujeres muestra nuevos lugares de acción, aporta nuevas fuerzas al campo popular, facilita alianzas de clase, rompe la hegemonía de las fuerzas conservadoras sobre la familia y la mujer en particular, y crea conciencia política y crítica, que son aportes para la nueva sociedad y La Nueva Persona. Más allá, la comunidad de activistas y las asambleas sirven como experiencias positivas para las formas de representación de la nueva sociedad.

La lucha de mujeres aporta fuerzas a la lucha en general por la transformación, en el grado en que la hegemonía de la lucha está en manos de mujeres con una visión global transformadora. Entre las mujeres hay también un tipo de "lucha de clases" entre las mujeres profesionales vinculadas con algunas ONGs y Fundaciones Internacionales que hablan un discurso de "auto-ayuda", supervivencia y micro-empresa, como formas de adaptar las mujeres pobres al sistema liberal y las mujeres organizadas a partir de las luchas locales y puntuales pero orientadas a exigir una redistribución de ingresos, presupuestos sociales y poder estatal.

La izquierda y el movimiento de mujeres

Hace pocos años la izquierda ortodoxa miraba el movimiento de mujeres como "divisionista" y "competidor" o simplemente como algo afuera de la lucha de clases. Dentro de este marco de representación los problemas de la mujer van a ser solucionados "después de la revolución". Funcionando con un concepto "abstracto" de la clase obrera, la izquierda no reconoció las profundas desigualdades dentro de la clase obrera y los campesinos, tanto en el trabajo como en la casa y en los mismos partidos. En gran parte el movimiento feminista surge como una rebelión de las mujeres dentro de la misma izquierda, por falta de reconocimiento de sus especificidades y sus reivindicaciones y por la misma división de género dentro de las organizaciones partidarias: mujeres como secretarías, activistas, ayudantes pero no voceras, líderes, representantes.

Es a partir de los movimientos autónomos de mujeres, de sus luchas, que la izquierda empieza a cambiar, a reconocer demandas específicas de mujeres y empieza a dar pasos para incluir a mujeres como líderes... pero con reticencias y siempre bajo presión política.

La idea de la izquierda de que la lucha de las mujeres es "residual" frente a las "grandes transformaciones" y de que sus reivindicaciones son "derivadas" de los cambios "estructurales", sigue teniendo influencia. Sólo una minoría de la izquierda reconoce que la otra mitad de la clase trabajadora no es una categoría residual, y que sus reivindicaciones sólo

se realizarán fortaleciendo la posición de las mujeres en la sociedad y en el movimiento durante la lucha por la liberación, y no después.

Como todos sabemos hay muchos "revolucionarios" que prometieron la liberación de la mujer "después", que cuando llegan al poder siempre descubren otras excusas y prioridades para seguir marginándolas. Y la postergación y marginalidad de las reivindicaciones y organizaciones de mujeres siempre es una señal de que el proceso de revolución está empezando su fase "terridor", poniendo distancia entre los líderes y las masas populares.

Uno de los puntos más importantes para que la revolución continúe y se profundice, es que tome en cuenta la necesidad de alcanzar a los sectores más explotados y entienda que dentro de las transformaciones socio-económicas es preciso una revolución cultural para superar las viejas estructuras de dominación que han quedado dentro de la izquierda y las clases populares a partir de la hegemonía de la burguesía. La transformación de la visión masculina de la revolución es una condición para que ésta no aborte y se quede a medio camino: burocratizada y excluyente de los sectores populares.

Para la izquierda es importante ver que la lucha y liberación de las mujeres, exige tanto autonomía de organización como unidad de acción, en función de las desigualdades de género y la especificidad de demandas de las mujeres. Teóricamente hay que repensar la articulación entre clase y género, y no "subordinar" uno al otro, sino ver la interpenetración de las demandas y luchas. En segundo lugar, es preciso ver las categorías diferentes de la "clase" (el género, la raza) con sus diferentes niveles de explotación, como un problema de rectificación ahora y no en un futuro indeterminado.

La incompreensión de la izquierda entre masculino/femenino continúa mientras los conceptos teóricos siguen dicotomizando género/clase y las reducciones mutuas generan muros. Los puentes de contacto empiezan, no sólo con proyectos teóricos globales, sino en las prácticas cotidianas, en los foros, en las luchas locales, en las actividades, donde de hecho las reivindicaciones y la presencia femenina forman parte del proyecto político. Para tener "prácticas juntos" es importante tener teorías y conocimientos que pongan en el primer nivel la importancia de la articulación clase/género, movimientos autónomos/movimientos políticos, poder estatal/sociedad civil. Las reducciones siempre generan nuevas jerarquías y nuevas contraindicaciones en el campo popular.

CONCLUSIONES

El movimiento de mujeres en América Latina, sus organizaciones y sus luchas aporta una gran riqueza a todo el movimiento de mujeres y a los distintos movimientos sociales. Sin embargo su desarrollo es desigual y su balance está lleno de conquistas, retrocesos y contradicciones, con pasos adelante y algunos hacia atrás.

Dentro de los avances, podemos señalar:

*Incorporación de un gran número de mujeres a las luchas por su emancipación y por los cambios socio-políticos.

*Aumento de la conciencia política y de género por parte de un gran número de mujeres, a partir de sus propias

organizaciones y luchas, lo que favorece tanto su desarrollo personal como el fortalecimiento de las luchas globales.

*Incorporación de nuevas demandas, específicas de mujeres, resaltando que las desigualdades están, no sólo en las estructuras económicas y entre las clases antagónicas, sino también en el mundo de lo privado y entre los hombres y mujeres dentro de las clases populares.

*El movimiento de mujeres, a partir de sus luchas concretas, ha empezado a elaborar estrategias que combinan su lucha contra la opresión económica, la represión estatal, el colonialismo cultural y por la emancipación personal. Sus actividades han dado paso a una nueva manera de "hacer política", ampliando el campo de las contradicciones del sistema y luchando contra una dominación que, más allá de lo estrictamente económico, se extiende al conjunto de la vida cultural, social, familiar y personal.

*La multiplicidad de dimensiones que abarcan estos grupos de mujeres: dirigentas locales, líderes indígenas, madres rebeldes... supone salir del silencio y el anonimato y la constatación de las mujeres como "sujetos sociales activos".

*Ello ha supuesto el reconocimiento por parte de un sector de la izquierda de las luchas específicas de las mujeres y la incorporación de sus demandas en sus proyectos socio-políticos. Al mismo tiempo, ha aumentado la preocupación por el tema de la mujer por parte de sectores institucionales (al menos a nivel formal); Universidades, Institutos de la Mujer, Organizaciones no Gubernamentales, etc.

*El rol activo que, a partir de su participación en la lucha social y política toman las mujeres, replantea sus relaciones familiares, favoreciendo su revalorización y autoafirmación, lo que les permite introducir cambios en su vida privada y en el ámbito de la familia, de la educación de los hijos e hijas, las relaciones de pareja, etc.

Dentro de los límites y contradicciones, podemos señalar:

*La participación de las mujeres aumentó mucho a nivel "micro": barrio, municipalidad, etc., pero disminuye conforme se amplía el radio de acción: coordinadoras nacionales, puestos de decisión, etc. Ello se puede explicar por dos razones: 1) una mayor dificultad de las mujeres de disponer del tiempo y la libertad de desplazamiento que supone la participación lejos de su lugar de residencia, y 2) una mayor competencia masculina para los puestos que implican más poder y más prestigio.

*La irrupción de las mujeres en el campo de lo público, laboral, social, político, no ha tenido una contrapartida por parte de los hombres, cuya irrupción en lo doméstico es muy poco visible: trabajo doméstico, cuidado de los hijos, etc. Esto crea tensiones en las relaciones de pareja y obliga a las mujeres a asumir los dos ámbitos.

*El avance de muchas mujeres a nivel de su participación en los movimientos socio-políticos, ha implicado también una sobre-explotación de su tiempo, con dobles y triples jornadas: trabajo doméstico, trabajo productivo, trabajo político. Así, la emancipación se ha hecho, muchas veces, a partir de la auto-explotación. La diversidad de funciones (madres, amas de casa, trabajadoras, luchadoras, sindicalistas, etc.) les limita enormemente su tiempo, lo que deja a muchas mujeres, sobre todo populares, con pocas posibilidades de avanzar profesionalmente, formarse o simplemente descansar y disfrutar.

*La incorporación del tema de la mujer por parte de las instituciones ha dado una mayor posibilidad de realización,

trabajo y mejor nivel de vida a un sector de mujeres: profesionales vinculadas a estas instituciones, pero, al mismo tiempo, ha dejado en peores condiciones a las mujeres de los sectores populares, que no sólo no reciben los beneficios de las nuevas Instituciones, sino que padecen en mayor grado las peores condiciones económicas de los gobiernos neo-liberales que subvencionan dichas instituciones.

*La ayuda material y el apoyo de las ONGs a las organizaciones de mujeres ayudó a éstas a crecer y organizarse mejor, pero puso también límites políticos a sus luchas: con sus proyectos particulares atomizan al movimiento, creando pequeños grupos sin una coordinación global y sin un proyecto de cambio socio-político. Su apoyo, más asistencial que político (sobre todo a partir de las transiciones a gobiernos electorales) no ayuda a crear conciencia ni a avanzar más allá de las necesidades concretas.

Dentro de los retrocesos, podemos señalar:

*En tiempos de luchas contra las dictaduras, los distintos movimientos de mujeres estaban coordinados y tenían un objetivo común: grupos de subsistencia, Derechos Humanos, Feministas... estaban todos por enfrentar y derribar a los dictadores. Con los procesos electorales, aparece una fragmentación del MM, entre y dentro de los distintos grupos: por un lado la diferente condición de clase divide a las mujeres entre las que optan sólo por un cambio de gobierno apoyando proyectos económicos neo-liberales, y las que están por un cambio estructural más profundo, que afecta a la misma política socio-económica. Así, pobladoras, indígenas y burguesas apoyan distintas opciones a partir de sus propios intereses de clase.

Por otro lado, la reaparición de los partidos políticos electorales, y sus protagonistas masculinos, como únicos canales de expresión política, desmovilizan a los movimientos sociales en general, y también a los movimientos de mujeres, aprovechando sus organizaciones para fines electorales. Ello provoca una decepción de muchas mujeres y un desmembramiento entre las que están dispuestas a supeditar sus luchas a las prioridades de los partidos y las que no quieren supeditarse a ellos.

SITUACION ACTUAL

Como consecuencia de todo este proceso asistimos, actualmente, a un cambio significativo en el conjunto del movimiento de mujeres, que se concreta con una desigual presencia-protagonismo de las mismas en diferentes sectores e instancias.

Mientras algunas organizaciones de mujeres populares han disminuído, muchas de las activistas han desplazado sus actividades a otros sectores. Así, aparecen muchas más mujeres en los diferentes campos de lucha: educación, sanidad, sindicatos, campo, etc.

Las organizaciones autónomas de mujeres con sus luchas y reivindicaciones específicas también decaen, pero, por otro lado, cada vez más, en los nuevos movimientos sociales y en las nuevas luchas, aparecen grupos de mujeres que plantean su especificidad dentro del propio movimiento: Movimento Sem Terra en Brasil, guerrilleras en Chiapas, etc.

Mujer y Derechos Humanos *

Diana Helena Maffía

Suele reconocerse como un antecedente clave en la concepción universalista de los derechos humanos la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* del 26 de agosto de 1789, en el marco de la triunfante Revolución Francesa. Esta revolución, se nos ha enseñado, significa el fin de un estado de servidumbre y el acceso a la ciudadanía. Pero difícilmente se nos haya puesto al tanto de las limitaciones en la distribución de tales derechos: por nombrar sólo una atinente a nuestro tema, no incluían los derechos de las mujeres. Una luchadora revolucionaria, Olympia de Gouges, redacta en 1791 una *Declaración de los derechos de la Mujer y la Ciudadana* para subsanar tal omisión (sin duda involuntaria, habrá pensado). A consecuencia de ello Robespierre ordena guillotinarla el 7 de noviembre de 1793 "por el delito de haber olvidado las virtudes de su sexo para mezclarse en los asuntos de la república". Significaba extender la aplicación de los derechos pretendidamente universales a la mitad olvidada.

¿Cuántos años hemos pasado, y cuántas teorías políticas y declaraciones hemos leído, creyendo que la palabra "hombre" era un término universal y no sexista, que nos involucraba implícitamente? Olympia de Gouges pagó con su vida esta ingenuidad. Y no fue un ejemplo aislado. En nuestro país, la Ley Sáenz Peña se sigue llamando "del voto universal y obligatorio" aunque debieron pasar más de 150 años para que este universal alcanzara a las mujeres, a mediados de siglo. Cuando Marx critica las limitaciones de la concepción liberal de los derechos humanos, advierte que no alcanzan a todos los varones, pero no advierte que no alcanzan a ninguna mujer. La ideología patriarcal atraviesa como un continuo el tiempo, el espacio y los sistemas de pensamiento más diversos y por eso requiere un tratamiento específico.

La llamada "cultura de los derechos humanos" ha ido avanzando y profundizándose desde la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* del 10 de diciembre de 1948, pasando por la firma de dos pactos en 1966 (el *Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales* y el *Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos*) en que se reconocen no sólo derechos individuales sino también "colectivos" o "de grupo", hasta el desarrollo de muchos instrumentos internacionales y regionales que protegen y otorgan contenido sustantivo y precisión normativa a los derechos humanos y libertades fundamentales que la Organización de Naciones Unidas (ONU) y sus estados miembros tiene la obligación de promover. Muchos de estos instrumentos se han logrado a partir de movimientos sociales, y del trabajo informativo y de concientización de las organizaciones no gubernamentales.

Un instrumento que nos interesa especialmente, y que fue aprobado por unanimidad en 1967 por la Asamblea General de la ONU, es la *Declaración sobre la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer*, y la aprobación en 1979 de la *Convención sobre la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra la Mujer*. La Convención entró en vigor en 1981, y casi cien países (entre ellos el nuestro) han consentido aceptar obligatoriamente sus disposiciones preocupados-según expresan los considerandos de la misma- "al comprobar que a pesar de estos diversos instrumentos (se refiere a los que mencionamos antes y a resoluciones, recomendaciones y declaraciones aprobadas por la ONU) las mujeres siguen siendo objeto de importantes discriminaciones".

Si la Convención es un avance, podemos pensar, también es un reconocimiento palmario de la insuficiencia y limitaciones de los anteriores instrumentos para garantizar los derechos de las mujeres. Y es que hay aquí un problema cultural. El ciudadano común percibe - cuando lo percibe- la violación de derechos humanos en casos de tortura, encarcelamiento, ejecución o desaparición por cuestiones políticas, y visualiza a los sujetos de tales derechos como presos políticos, soldados derrotados, exiliados y refugiados: en su casi totalidad varones. La violencia contra la mujer, en nuestras sociedades, ha sido parte de su cotidianeidad. Estos crímenes de la vida diaria, a veces cometidos en el seno de la familia, no son percibidos como violaciones a los derechos humanos.

No sólo debe señalarse la condición particular de la mujer como parte de los derechos ya reconocidos de "primera generación" (civiles y políticos), "segunda generación" (económicos, sociales y culturales), "tercera generación" (derechos globales como paz, medio ambiente y desarrollo) y "cuarta generación" (derechos colectivos o derechos de los pueblos como los derechos indígenas, o derechos étnicos). Todo esto es importante y necesario: que haya instrumentos y comisiones especiales sobre la mujer, y que se señale su situación en cada una de las generaciones de derechos humanos. Pero plantea limitaciones, como definir la violación como un abuso contra los derechos humanos sólo cuando ocurre bajo custodia estatal pero no cuando ocurre en las calles o en el hogar.

El gran desafío consiste en transformar el concepto de derechos humanos desde una perspectiva feminista. Una lúcida teórica, Alda Facio, sostiene que hay sexismo en los conceptos, en las teorías, en las declaraciones y en la práctica de los derechos humanos. Esto produce que no se reflejen en ellos ni las necesidades ni la realidad de las mujeres. Por ejemplo, en cuanto a los conceptos, el de "trabajo" no contempla el trabajo doméstico; se da prioridad a la "propiedad privada" cuando las mujeres sólo somos dueñas del 1% de la tierra, y la "integridad física" no impide la clitoridectomía. En cuanto a las teorías, tanto el naturalismo como el positivismo tienen como prototipo de sujeto de esos

*A fines de 1993 se realizó el Congreso de Políticas de la Cultura en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Como parte del mismo, se encomendó al Centro de Estudios Históricos sobre las Mujeres (CEHM) la organización de la Mesa sobre Mujer y Política. La misma estuvo coordinada por Graciela Vivalda, participando como invitadas Diana Maffía, Cristina Wheeler, Néida Archenti y Jutta Marx, una síntesis de cuyas contribuciones se publica a continuación

derechos al varón de la especie humana. Los logros de las mujeres han sido que se les extiendan en algunos casos esos derechos supuestamente válidos para la especie toda, en vez de reconceptualizar el listado partiendo de las necesidades, intereses y sueños de ambos sexos. En cuanto a las declaraciones, ya hemos hablado de la *Declaración* francesa, que no incluía a las mujeres, como tampoco a los varones no propietarios o analfabetos: el sujeto de la declaración universal es un varón burgués, rico y educado. En cuanto a la práctica, sólo los organismos que se especializan en la cuestión de la mujer se han preocupado por los derechos de la mujer; no así los que se especializan en la defensa de los derechos humanos.

Un gran desafío se presenta para las mujeres en 1995: la Conferencia Mundial sobre la Mujer que se realizará en Beijing en 1995 (así como su preparatoria regional en Mar del Plata en 1994). Las Organizaciones no Gubernamentales repetirán allí el papel fundamental que tuvieron en Viena en 1993, con motivo de la Conferencia Mundial de Derechos Humanos, donde realizaron una exitosa campaña para el

reconocimiento de los derechos de la mujer bajo el lema "Women's Rights are Human Rights" (los derechos de las mujeres son derechos humanos). A través del Tribunal sobre la Violencia contra las Mujeres y con la tragedia de Sarajevo cercana y condenaba por miles de personas de todo el mundo, lograron que la casi totalidad de las propuestas fueran incluidas en la *Declaración* final.

¿Cuál es nuestra responsabilidad, como mujeres académicas para la promoción de los derechos de las mujeres?. Independientemente de la participación política o los compromisos individuales, creo que existe para nosotras una responsabilidad específica, consistente en atender a la reelaboración desde una perspectiva de género de todos aquellos instrumentos que aseguren la mejor convivencia y respeto por la diversidad de los seres humano. No debemos hacer declaraciones para las mujeres, sino para la humanidad. Para aquella humanidad empobrecida en su significado por la ausencia de mujeres.

Notas sobre participación política.

Cristina Wheeler

La idea de participación cobra fuerzas en el análisis político a partir de la caída del gobierno militar en 1983, y es consecuencia directa de la propuesta de democratización.

La participación influye directamente en la posibilidad de que la sociedad argentina se gobierne definitivamente a sí misma, mediante su propia comunidad política, y aprenda a evitar todo intento de gobiernos paternalistas, autoritarios.

La participación no es un fenómeno aislado. Es un elemento constitutivo de la sociedad que es atravesado por tres conceptos fundamentales de la sociología política: gobierno, estado y sociedad. Decir esto es admitir la existencia de distintas formas de participación que se relacionan directamente con la diversidad de intereses que se encuentran en la sociedad.

Pizzorno, cuando analiza el tema de la participación, introduce dos ejes a tener en cuenta:

1) Hay una relación inversa entre participación y autoritarismo.

2) Alejar el fantasma del autoritarismo no depende de la cantidad de participación, sino de la eficacia de la misma. Hay que profundizar y hacer más eficaces las formas de participación.

¿Cuáles son las formas en que se manifiesta la participación política?. Enumeremos algunas: opinar, ser consultado, decidir, evitar que decidan por uno, tomar parte en la elaboración de opciones y decisiones.

PARTICIPAR es ser protagonista. La misma participación posee una "cualidad acumulativa" (Pizzorno). Esto es un punto interesante a rescatar para la discusión.

Es casi indiscutible la necesidad de la participación y su estrecha relación con un proceso de democratización. Lo

que no aparece tan claro es, en referencia directa a la participación política, cuáles son las formas participativas de hacer política.

Evidentemente el rechazo a situaciones anteriores también obliga a replantear las reglas de juego (es decir, las formas en que se desarrolla la convivencia democrática).

No podemos olvidar que, como producto de décadas de autoritarismo, de la vida en democracia y de la lucha por la obtención de la misma, surgieron sujetos sociales nuevos, con formas distintas de plantear las demandas y formas operativas diferentes.

Nun plantea, retomando una cita de Trotsky: "La primera tarea, la más profunda y urgente es romper el silencio que rodea la vida cotidiana" (1). Es la rebelión del coro, la esfera de la vida privada. Ni más ni menos que el campo de la sociedad civil. Esta "nueva" idea de revalorización social y de determinar nuevas formas de lucha produce una ampliación en el campo de la política. Surgen así los movimientos sociales, y aquí hay que introducir en la problemática un elemento ético que resignifica la cuestión de los fundamentos de la convivencia social y política. Pensemos en el movimiento de derechos humanos.

En un primer momento, estas nuevas formas de participación hicieron pensar que se podría cambiar el sistema de representación social de partidos, habida cuenta del carácter burocrático y autoritario de algunos de ellos. El período de transición reforzó la participación política partidaria pero también la participación asociacional no política (resurrección de la sociedad civil).

El centro de esta cuestión es que se resitúan las relaciones sociales y se obtiene representatividad, que es consecuencia de un vacío de poder y de una utopía profunda-

mente "movilizadora" (2).

La pregunta es: qué pasa actualmente?

La pregunta y su consecuente respuesta nos están poniendo en el otro aspecto del tema: la representación.

Pizzorno plantea que los movimientos sociales son profundamente inestables. Por lo tanto no operarían adecuadamente como canales para un proceso de cambio a largo plazo.

Lo indicado sería plantear el problema como la necesidad de modificar las formas de representación: sistema de partidos, parlamento, representación, relación entre Estado y sociedad civil, mediación, etc.

Si bien hay avances significativos en el campo de la participación social a partir del afianzamiento del sistema democrático, hay algunas cuestiones (no poco importantes) que no han sido debatidas en profundidad y que hacen específicamente a dos aspectos que atraviesan la vida social: la legitimidad y el consenso.

En el caso específico de la participación política, y aquí podemos introducir la problemática del género, hay cuestiones no resueltas que hacen específicamente al reclamo del cambio.

Veamos algunas de ellas:

1) En relación con la política, se nota una escasa diferenciación entre hombres y mujeres. No hay un modo de

hacer política específico del género.

2) Hay menor participación de mujeres a nivel de partidos. Esto se nota en las listas de candidatos y, específicamente, en los puestos de conducción partidaria.

3) Esta última conclusión tiene un alto nivel de carga conflictiva, pero es el punto de partida para producir situaciones nuevas: las mujeres que participan en política utilizan las mismas prácticas dominantes.

Sería pertinente reflexionar que en este momento contamos con una Ley de Cupo (resistida profundamente por las estructuras partidarias), que garantizaría una participación efectiva de mujeres en cargos electivos. Esto sin embargo no ha producido cambios en los modos de hacer política, ni en la adopción de reglas internas claras y distintas a las anteriores. La negociación política se realiza con el mismo estilo, tanto interna como externamente.

La participación política femenina debería pensarse como una estrategia que de cuenta de los procesos reales que atraviesan la sociedad con metodologías transparentes y movilizadoras.

NOTAS

(1) Nun, José, La rebelión del coro, revista Punto de Vista N° 20, Buenos Aires, 1984, pp. 6 a 11.

(2) Sonderegger, María, Los nuevos movimientos sociales. Derechos Humanos, CEAL, N° 125, Buenos Aires, 1985.

Género, ciudadanía y democracia

Nélida Archenti

No es posible hablar de género y ciudadanía sin referirnos a la relación entre género y espacio público, en la medida que éste último conforma el ámbito de ejercicio de aquélla. Es en la esfera pública, lugar de la participación político-pública, donde se expresan el discurso y la acción de los ciudadanos, donde todo se comparte por igual.

El símbolo de este espacio es la plaza pública, escenario del debate; allí todas las diferencias son igualadas en la búsqueda del bien común y cada sujeto se constituye en una abstracción: persona pública igual, portadora de derechos iguales.

Esta idea de la "ciudadanía universal" resume la clave política de la Modernidad, expresada en el pensamiento de la Ilustración, según el cual los individuos nacen libres y pactan entre iguales.

Las acciones en el espacio público se orientan por lo que es común, por los intereses compartidos en pos del bienestar general; es un mundo donde prevalece la igualdad de los ciudadanos basada en una naturaleza humana indiferenciada.

Por el contrario, el espacio privado se caracteriza por el particularismo, está basado en vínculos no universalizables y las acciones que allí se realizan se orientan por intereses individuales y egoístas (relaciones de mercado) o por los afectos y deseos (relaciones familiares, de amistad, etc).

En los ámbitos privilegiados del mundo privado - el mercado y la familia - cada sujeto se posiciona y se relaciona

en virtud de su especificidad, la diferenciación más que la igualación aparece condicionando los sistemas de relaciones, ya sea a través de la búsqueda del provecho individual o de la exclusividad de la esfera de la intimidad.

Con el advenimiento de la modernidad se profundizó la separación entre el mundo privado y el mundo público. La nueva estructura económica y política exigía las especializaciones: de los roles, de las actividades, de las instituciones, de los espacios, de los géneros.

Con el advenimiento de la modernidad se modificaron los fundamentos del poder político. La idea de Dios, Tradición y Autoridad fue reemplazada por una nueva trilogía: Hombre, Naturaleza y Razón. Al desaparecer la certeza del dogma y la autoridad del príncipe, el poder se secularizó y también su fuente de legitimación. En el mundo de lo terreno, sólo el consenso de la ciudadanía en su conjunto podía garantizar el ejercicio equitativo del poder. El acuerdo sobre la vida en común, la acción plural, se constituyó en fundamento de un nuevo orden. Así, la voluntad general se erigió en la legitimidad última de la democracia moderna. En este proceso de secularización el poder se volvió opinable, a medida que la certeza de la tradición fue reemplazada por la sospecha de la democracia.

En la constitución de la ciudadanía de la modernidad, las mujeres permanecieron excluidas. Por ser consideradas naturalmente desiguales y, en consecuencia, inhabilitadas para pactar, fueron desterradas de la ciudadanía y la vida

pública y recludas al mundo privado doméstico.

Al no ser reconocidas como sujeto del pacto no fueron consideradas sujetos individualizados en la escena pública, su individualidad se reducía al mundo privado doméstico; en el mundo público no pertenecían a la categoría de individuo, formaban parte del genérico indiferenciado mujer.

Recién a fines del siglo XIX las mujeres se organizaron para reclamar su derecho a ser consideradas sujetos políticos, exigiendo su derecho al ejercicio de la ciudadanía a través del sufragio. Las primeras feministas lucharon por formar parte de la idea de "la ciudadanía universal" que hasta ese momento se limitaba a la "ciudadanía universal masculina". El fundamento de este derecho a la igualdad cívica se sustentaba en el universalismo abstracto de la Ilustración, referido a la naturaleza humana indiferenciada.

Hoy, reconocidas las mujeres formalmente como sujetos políticos, las feministas ponen en descubierto el carácter formal de la igualdad de oportunidades, las asimetrías que ocultan los universales y la idea de igualdad como negación de la diferencia.

Estamos presenciando la crisis del proyecto de la Ilustración, en la medida que el ejercicio de la democracia pone en evidencia - a partir de la sospecha que caracteriza a la modernidad - la diversidad y la multiplicidad más que la abstracción de los universales. Las feministas sostienen que el pensamiento político liberal oculta la desigualdad y las

jerarquías del mundo privado y que el concepto de sujeto público, portador abstracto de derechos iguales, oculta la dominación y las relaciones asimétricas propias de los sujetos generizados. De este modo el feminismo contribuye a revelar que las afirmaciones de universalidad connotan el rechazo y la desvalorización de la especificidad y la diferencia.

Hoy, mientras todo el pensamiento se relativiza (el concepto de verdad es reemplazado por el de verosimilitud, la razonabilidad se acepta junto a la racionalidad) el desafío que se nos plantea es cómo pensar la democracia, cuestionando la idea de los universales abstractos, poniendo al descubierto la multiplicidad y la diversidad de las relaciones sociales, restableciendo en la certeza de las abstracciones la ambigüedad de las particularidades, sin caer en la irracionalidad.

La estrategia del feminismo supone colaborar en la construcción de un concepto de razón que trascienda la búsqueda de leyes generales en detrimento de la comprensión de las particularidades concretas y de sistemas de pensamiento que no jerarquicen categorías al nivel de verdades universales. Repensar la democracia en estos términos significa repensar la ciudadanía como una categoría que, sin perder su carácter igualador, pueda abarcar la heterogeneidad y la pluralidad. Significa repensar, una vez más, la articulación de igualdad y libertad.

Elecciones internas bajo la Ley de Cupo: la primera aplicación de la Ley de Cuotas en la Capital Federal.

Jutta Marx

Después de la sanción de la Ley de Cuotas (ley 24.012) en noviembre de 1991 y su posterior reglamentación (Decreto 379/93) se realizaron este año las primeras elecciones internas bajo este régimen.

En este contexto realicé, conjuntamente con la psicóloga social Ana Sampaolesi, un estudio acerca de los alcances y límites que tuvo en este momento específico dicha Ley. Para ello nos concentramos en los factores que, según nuestro entender, son de especial importancia para el desarrollo de estrategias capaces de responder a las exigencias del nuevo escenario político. Partimos de la base de entrevistas que realizamos en junio de 1993 a mujeres políticas, peronistas y radicales, a nivel de dirigencia, de la Capital Federal.

De este trabajo pudimos extraer las siguientes conclusiones:

Las mujeres pueden realizar su poder potencial a través de sus alianzas y pactos; y esto quedó probado con la sanción de la Ley de Cupo.

A partir de la implementación de esta norma contarán con lugares propios desde donde podrán acumular poder político.

Si bien existe hoy una realidad más favorable para las mujeres, no hay que perder de vista que, como se desprende de las entrevistas recién mencionadas, su posición en las

relaciones de poder en el presente sigue siendo endeble. Vale decir, si bien las mujeres lograron imponer su presencia en mayor número en las listas electorales, no consiguieron participar en forma significativa en la conformación de dichas listas.

Esta situación se comprende desde el análisis del momento político por el que atraviesan, ya que hasta ahora su interés estuvo fijado en lograr la Ley de Cupo primero, y en garantizar su cumplimiento después.

De ahora en adelante las mujeres se encuentran ante el desafío de transformar la potencialidad que ofrece dicha ley, en actos concretos que les permitan su plena participación en los niveles de decisión y la introducción de contenidos y modalidades propios en estos ámbitos. Las alianzas y pactos explícitos que se puedan generar entre mujeres que actúan en los diversos niveles de los partidos políticos y en los movimientos de mujeres serán de especial importancia en este proceso.

En este contexto, merece un análisis particular el hecho de que, para muchas mujeres existe la situación del doble compromiso que sostienen, por un lado, con sus respectivos partidos y agrupaciones internas en tanto representan proyectos políticos y orientaciones ideológicas globales, y por otro, con las reivindicaciones particulares de

género. Esta doble exigencia frecuentemente es vivenciada como lealtades difíciles de articular o aún disociadas. Superar las contradicciones que eso genera, demanda un esfuerzo de comprensión y de trabajo para integrar los dos niveles de compromiso así como capacidad de tolerancia para el reconocimiento de la diversidad política a fin de posibilitar acciones comunes tendientes a objetivos específicos.

Estos acuerdos resultan fundamentales en la exteriorización visible del accionar político de las mujeres y en la construcción de poder político, elementos que habrán de favorecer sus posibilidades de participar con mayor autonomía en los procesos de negociación.

En cuanto a la relación entre militancia y dirigencia, aparece la necesidad de construcción de liderazgos con niveles de representatividad explícitos basados en acuerdos claros entre estas dos instancias. Estos pactos son de especial importancia en esta próxima etapa, pues constituyen el sostén que puedan brindar las militantes a sus dirigentes. Y en este contexto hay que tomar en consideración que los resultados de la gestión de las electas influirán inevitablemente en la imagen política que proyecten las mujeres en la sociedad.

Las exigencias que plantea el actual escenario participativo van a dar lugar al desarrollo de una nueva cultura política. En este contexto, las mujeres, además de lo antedicho, se encuentran ante el desafío de adquirir herramientas indispensables para conducirse eficazmente en los espacios conquistados.

Con esto nos referimos a la necesidad de incorporar en mayor medida el conocimiento y dominio de técnicas referidas a la organización, planificación, negociación, oratoria, toma de decisiones, etc., para su accionar político. Un aporte en este sentido sería la profundización de los procesos de capacitación política, aspecto que aparece, además, en forma creciente en las demandas de las mujeres.

Las chances de constituirse como grupo de poder y las posibilidades de efectuar las transformaciones deseadas dependen en gran medida de las estrategias y alianzas que las mujeres puedan desarrollar más allá de su afiliación política, y en forma conciente y planificada. De esta manera serán más capaces de enfrentar las limitaciones que les plantea el actual sistema político y comenzar a superar la situación de marginación que, por otra parte, comparten con otros grupos sociales.

Comentarios Bibliográficos

"Vigiladas y castigadas", CLADEM, Perú, 1993

CLADEM ha publicado bajo el título "Vigiladas y castigadas" los trabajos presentados al Seminario "Normatividad Penal y Mujer en América Latina y el Caribe" realizado en Sao Paulo, Brasil, del 22 al 25 de abril de 1992 y en el cual participaron 66 especialistas.

El título que los editores han puesto a este volumen es, según su propia expresión, un homenaje a Foucault. Desde otro punto de vista, consideramos que en cierta manera esta denominación es una redundancia, casi una especie de pleonismo. "Vigilar" y "castigar" son dos formas de la represión que en las mujeres adquiere características de auto-represión.

Decimos que es una especie de pleonismo, una redundancia porque la vigilancia es la desconfianza explicitada y también es la tutela vergonzante, es la limitación castradora y, especialmente, es el castigo anticipado.

Por otro lado, el castigo es el reconocimiento y, a veces, la prueba de un delito y una culpa. Pero la vigilancia es más denigrante que el castigo ya que se asienta sobre una sospecha, sobre un infundio, en todo caso sobre una carencia y una limitación.

"La vigilancia como mandato social, es uno de los resortes más peligrosos del poder punitivo" dice Roxana Vázquez en la presentación que prologa estos trabajos. Y agrega que los sistemas penales latinoamericanos y caribeños están relacionados de alguna manera con "una impresionante dosis de dolor femenino, oculto, desvalorizado". Esto nos lleva a pensar que hasta en esto se discrimina a las mujeres,

aún en la subvaloración o menosprecio de su dolor.

Considerando la temática analizada constatamos que se refiere a aspectos que parecen del ámbito privado y a veces íntimo; pero se recalca que el trato que a menudo se da a algunos de estos temas, o la no consideración de algunos otros, los convierte a todos en temas públicos.

Los trabajos giran alrededor de cuatro ejes temáticos: 1) la violencia en las relaciones de pareja, 2) la violencia sexual, 3) el aborto, 4) la prostitución. Es decir, son cuatro ejes relacionados con el sexo, la sexualidad, el cuerpo y la persona mujer.

En cuanto a la modalidad de los trabajos, éstos van desde reflexiones acerca de la problemática tal como se evidencia o se expresa en América Latina, pasando por estrategias propuestas para lograr modificaciones en la normativa, hasta el informe de acciones de grupos para combatir esos problemas.

El libro tiene una estructura interesante y hasta cierto punto innovadora:

En primer lugar se encuentran las Recomendaciones seguidas de las Conclusiones del Encuentro, e inmediatamente la Agenda Urgente. Como vemos, todos estos ítems suelen ir al final de las Actas de reuniones de este tipo.

En segundo lugar aparecen las concepciones actuales del Derecho Penal. Luego, en tercer lugar, están los trabajos referidos a las formas de la violencia contra la vida, el cuerpo y la salud, tales como el maltrato, la violación, el incesto.

Más adelante, el aborto tiene dedicado en forma

exclusiva un cuarto capítulo; y lo mismo acontece con la prostitución, a la que se destinó el quinto capítulo. Y en el sexto aparecen otros temas tales como el Código Penal Brasileño o la Esterilización femenina en Brasil.

En las Recomendaciones se explicita que la temática de este Seminario excede lo jurídico, ya que abarca prácticas sociales y comportamientos institucionales y además afecta de manera fundamental la vida concreta de las mujeres.

Entre las Recomendaciones cabe destacar algunas propuestas metodológicas y ciertas características de las mismas, v.gr.:

- 1) la **amplitud** de esas propuestas, ya que se ocupan por un lado de la universalidad de las demandas sin descuidar, por otro lado, las especificidades de los reclamos de grupos o sectores minoritarios (indígenas, negras, etc.);
- 2) el lugar prioritario que le asigna CLADEM a la tarea de **incorporar** a las mujeres de esas etnias minoritarias a sus planes de acción;
- 3) la elección y recomendación del **enfoque multidisciplinario**;
- 4) el consejo de **recurrir** a instancias supranacionales en cuanto a la normativa.

Un aspecto interesante es la reconceptualización de términos tales como "violación sexual", aclarando que se considera que abarca mucho más que penetración.

Por otro lado, se señala que el tratamiento jurídico que se hace de ciertos hechos constituye no sólo discriminación sino una verdadera amenaza para las mujeres, como es el caso del aborto cuya penalización lo mantiene criminalizado, con lo que lo convierte en un grave problema y una amenaza para la vida y la salud de las mujeres.

Refiriéndose a la prostitución, en uno de los trabajos se recalca que es un tema que merece más profundización en lo relativo a su ubicación en el orden jurídico; es decir, más allá de la polémica acerca de si es un trabajo o no -polémica que a nuestro juicio ha paralizado su tratamiento- se recomienda la definición sobre los factores que nosotros denominamos "los prostituyentes" y el tráfico de mujeres. También se destaca la necesidad de promover las denuncias sobre la prostitución de menores de ambos sexos. Y se recomienda especialmente erradicar los prejuicios en contra de las prostitutas.

En cuanto al tema de la esterilización, se reitera la alerta sobre ésta como control poblacional y se añade la idea de la misma como política sexista, ya que centra la responsabilidad de la procreación y del control en las mujeres.

En uno de los trabajos, el excelente de Heleith Saffioti, se expresa que el tema del incesto es todavía poco abordado en la Región; se recalca además que es importante, por un lado, tener en cuenta la dimensión cultural y, por otro, formar profesionales idóneos que no ocasionen iatrogenia en los interrogatorios denigrantes.

La Agenda señala ciertas acciones que se consideran impostergables:

- a) hacer diagnósticos comparativos en la Región;
- b) lograr comunicación más efectiva y más intensa entre las organizaciones nacionales e internacionales

que defienden los derechos de las mujeres;

c) dotar a las mujeres que trabajan en estas áreas, con el soporte imprescindible para contrarrestar el involucramiento afectivo y el desgaste emocional.

Son muchos y variados -como vemos- los trabajos de este volumen. Nosotros nos detendremos brevemente en algunos:

1) Eugenio Raul Zaffaroni: "La Mujer y el Poder Punitivo". En el mismo el autor destaca la tradicional omisión acerca de la criminalidad femenina. "Esto no era visto como un signo de superioridad sino como un signo de su natural inferioridad o tontería". Esta inferioridad les daba a las mujeres una característica de minoridad ya que... "los niños también delinquen menos".

Por otro lado, dice Zaffaroni, se adjudicó a la mujer ciertos "delitos de género": el aborto, el infanticidio y el homicidio pasional. Agregamos nuestro comentario: el varón que cometió un homicidio pasional también es visto como demasiado sentimental.

Con respecto al aborto y al infanticidio también reflexionamos que son dos tipos de delitos que derivan o se relacionan con su capacidad reproductora, ya que siempre se considera que sólo aborta la mujer y no la pareja, y en el caso del infanticidio se piensa que es la mujer la que abandona al recién nacido; y así es duramente culpabilizada, y el progenitor -que quizá haya eludido su responsabilidad nueve meses antes, apenas concebido el hijo- no es sancionado.

Dice Zaffaroni: "con la afirmación de que el poder punitivo es de baja intensidad sobre la mujer porque la criminaliza menos que al hombre, se está despreciando la mayor parte -y la más importante- del poder punitivo que es el poder de vigilancia". Según el autor el poder punitivo se dirigió hacia las mujeres porque se consideraba que en ellas hay una falla genética, porque tienen una mayor inclinación al mal y porque se resiste a la tentación es menor debido a que son más carnales que espirituales. No podemos menos que recordar el antecedente bíblico de la maldición primera a causa de la tentación y la transgresión en la que incurrió Eva antes que Adán.

2) Alda Facio y Rosalía Camacho: "En busca de las mujeres perdidas o una aproximación crítica a la criminología." Destacan las autoras que si las mujeres aparecen cometiendo delitos menores o una menor cantidad de delitos, esto se debe a que los estudiosos se han despreocupado y no han considerado la realidad de las mujeres. Todo el quehacer humano, hasta el delictivo, es relacionado con el mundo masculino: el sexismo también llega hasta aquí.

Estos y otros trabajos que no alcanzamos a comentar por razones de espacio justifican una recomendación especial en el sentido de que este material constituye una lectura importante no solamente para quienes se especializan en la problemática, sino también para aquéllos que, en general, están sensibilizados por el tema de los derechos de la mujer.

Hilda Habichayn
(CEHM-UNR)